

BOGOTÁ

libro al
viento

DJ Fonxz

Midras Queen

Sandra Reyes

El Alfarero

El Kalvo

RAPEADA





Libro al Viento

COLECCIÓN CAPITAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Carlos Fernando Galán Pachón

Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Santiago Trujillo Escobar

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

María Claudia Parías Durán

Directora General

María Mercedes González Cáceres

Subdirectora de las Artes

Sylvia Ospina Henao

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Gabriel Arjona

Subdirector de Formación Artística

Andrés Felipe Albaracín Rodríguez

Subdirector Administrativo y Financiero

Alejandra Soriano Wilches

Gerente de Literatura

Edison Ricardo Moreno Quiroga

Gerente de Música

PRIMERA EDICIÓN PARA

LIBRO AL VIENTO

Enero de 2026

Los derechos de los textos y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores.

Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

Las opiniones expresadas en este libro son responsabilidad exclusiva de sus autores y no representan necesariamente la posición oficial de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© DJ Fonxz, Midras Queen, Sandra Reyes,

El Alfarero, El Kalvo, autoría

© John Fredy Cepeda, "Zkirla", presentación

Javier Beltrán, dirección editorial

Camila Cardeñosa, diseño de la colección

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

BastardaType y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía Obispo

Jesús Goyeneche Wilches, corrección de estilo

© Mathew Valbuena - Archivo de Idartes

Fotografías de los autores:

DJ Fonxz (archivo personal), Midras Queen

(archivo personal), Sandra Reyes (Carlos

Moreno), El Alfarero (Necio), El Kalvo (archi-

vo personal)

ISBN digital: 978-628-7686-82-3

Enero de 2026

GERENCIA DE LITERATURA

IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

BOGOTÁ
RAPEADA

Dee Stebang, Hip Hop al Parque 2022



7
EL RAP ES ASÍ
Presentación

15
FONXZ: 40 AÑOS EN EL HIP HOP EN BOGOTÁ
DJ Fonxz

43
UNA CRIOLLITA ENVUELTA EN SU MANTO DE TIERRA NEGRA
Midras Queen

64
LA NIÑA DEL BARRIO 12
Sandra Reyes

87
REALIDAD A GOLPES
El Alfarero

113
DISTANCIAS
El Kalvo

135
LOS AUTORES

Libro al Viento es un programa de fomento y democratización del libro y la lectura de Idartes, entidad adscrita a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

EL RAP ES ASÍ

Presentación

UNA MIRADA AL BARRIO, SUS PROTAGONISTAS, SUS memorias y experiencias, la evolución de la revolución, la esquina siendo el principal insumo para generar contenidos sobre esta cultura bautizada como Hip Hop. ¿Miedos?, ¿derrotas?, ¿fortalezas?, ¿victorias? Plasmar ideas en un cuaderno para luego transformarlas en versos, materializar una canción pretendiendo que luego se convierta en un himno para la comunidad, saber encontrar las palabras, la jerga, y así poder crear rimas para que sean cantadas por un público al que este ritmo rebelde ha sabido enamorar; el desahogo personal de un MC (abreviatura para maestro de ceremonias o *microphone controller*) puede encontrar quién se identifique con estos mensajes y haga de estas líricas y sonidos parte de su cotidianidad; el rapero tiene la facultad de conectar fácil con el desamparado, con el bienaventurado, con la madre soltera,

con el vecindario, con aquellos y aquellas que saben qué es la injusticia, la dureza y el rigor de la calle, el salvaje entorno social y político de esta ciudad llamada Bogotá, una capital con problemáticas que no se pueden ocultar, propias de ese contexto en el que crecimos: el barrio no es fácil, te sorprende, te enseña, te da y te quita, tantos momentos propios y ajenos que se convierten en inspiración, la influencia de esos textos y de miles de verdades en este camino lleno de contrastes y controversias que han marcado la narrativa de una ciudad oscura, fría, pero en donde el talento y la creatividad han sobresalido y demostrado por qué y para qué muchos eligieron como objetivo y estilo de vida ser raperos y raperas.

El Rap en Bogotá ha sido testigo y narrador de situaciones tan infames como la corrupción, el abuso policial, la violencia que tanto ha marcado nuestra historia, la discriminación racial, la falta de oportunidades, el hambre y tantas situaciones precarias con las que hemos convivido. El Rap llegó a esta ciudad proveniente de Estados Unidos aproximadamente hace casi cuatro décadas por medio de distintos caminos, como la radio, la televisión y el cine, pero sobre todo por aquellos “viajeros” quienes, de manera tanto legal como ilegal, podían visitar tierras norteamericanas y a su regreso traían consigo la música en LP y cassettes, además de varias experiencias y relatos que demostraban que la realidad en las difíciles calles del Bronx,

en Nueva York, no distaban de la crudeza y complejidad de barrios como Las Cruces, Las Lomas o el 20 de Julio. Es por eso que el Rap se afianzó rápidamente en diferentes entornos y localidades; jóvenes de distintas clases sociales, personalidades, emociones y aptitudes decidieron ser parte de este camino, y es así como se convirtieron en cronistas para su comunidad.

No ha sido fácil hacer del Rap una carrera en la denominada Atenas Suramericana: artistas incomprendidos en sus familias, en sus entornos académicos, en su cuadra o en sus lugares de trabajo, los artistas en Colombia deben subsistir con otro empleo para no abandonar ese sueño de triunfo. En un país donde los focos, premios y reconocimientos se los llevan otros géneros con una alta difusión en medios de comunicación, la cabida para el Rap ha sido prácticamente nula. En una sociedad en la que la gran mayoría prefiere sentir y entender la música como una vía de escape, de disfrute, y no como un canal de denuncia o de crítica, el Rap ha descifrado cómo adaptarse a estas dinámicas, a los cambios y a las necesidades de la industria musical. Por eso, términos como “underground” e “independiente” predominan en nuestro lenguaje urbano; el resultado ha sido la consolidación de una idea, afianzar un movimiento que ha logrado sobreponerse a muchos obstáculos y que hoy por hoy es una fuerza imparable, rodeada de personas talentosas y visionarias.

A aquel que obtiene con creces el título de MC no le basta con ser un buen contador o contadora de historias basadas en hechos reales, no solo es la voz de la calle: primordialmente es progenitor, es hijo, hermana, parte importante de una comunidad; los seres humanos y sus necesidades de amar, de existir, de compartir se reflejan en un movimiento para el que el concepto de familia es valioso y determinante, el respeto a la figura materna, cuidar los códigos propios de la cultura Hip Hop, reconocer el valor de la lealtad, la competitividad como esencia a través de las batallas, la autenticidad en la estética, la forma como raperos y raperas se expresan y se muestran en el escenario es la misma que en las redes sociales y en su hogar: el verso no se disfraza, la libertad de expresión es su arma y su recurso más latente. Esto es lo que hace interesantes a quienes empuñan un micrófono para despertar mentes y hacer que sus seguidores eleven el puño al aire como un ritual de resiliencia y un símbolo de lucha.

Nos adentramos en *Bogotá contada 13, aka* (abreviatura de *also known as* o “también conocida como”, en español) *Bogotá rapeada*, un ejercicio literario que pretende mostrar la perspectiva de cinco grandes nombres de la escena Hip Hop. Los protagonistas de estos testimonios han podido crear una fiel fanaticada a partir de sus contenidos, de su música y sus letras; artistas que han escrito capítulos importantes en ese

interminable libro de la historia del Hip Hop en Colombia, desde el gran DJ Fonxz, productor, líder, quien desde los años ochenta ha hecho parte fundamental de agrupaciones que han dejado huella, una persona que ha sabido luchar contra sus demonios y ha podido reponerse de muchas adversidades gracias a su sabiduría y sus incontables proyectos como referente y maestro. Este libro también cuenta con el aporte de Midras Queen, pionera y legendaria gracias a su serenidad y su generoso recorrido como gestora cultural, artista orgullosamente afro que ha tenido que salir adelante como madre, y que ha sabido empoderar a cientos de mujeres que han recibido sus enseñanzas. ¿Y qué decir de Sandra Reyes? Sin dudas, una compositora completa en todo el sentido de la palabra: saber manejar un concepto distinto en sus puestas en escena con baile, teatro y la ancestralidad como aspectos complementarios a su gran repertorio musical la han llevado a ser reconocida como una de las raperas más sobresalientes de la capital. Llegamos a El Alfarero, conocimiento callejero en su máxima expresión, la fuerza de sus interpretaciones le han dado el estatus de ser uno de los mejores liricistas de la ciudad, puro verbo real acompañado de una potente voz y de un lápiz inigualable. Y, por último, El Kalvo, representando a esa camada de increíbles MC que ha dado esta nueva generación, un letrista irreverente con un toque único y especial en

sus canciones a través de un vocabulario cotidiano, simple pero efectivo, lo que le ha permitido pisar importantes escenarios del país y posicionar su arte ante públicos alternativos; un verdadero ejemplo de originalidad.

Disfrutemos, entonces, de cinco relatos honestos, en algunas ocasiones divertidos y en otras desafiantes. El Rap es así: puedes bajar del cielo al infierno en dos rimas; puedes malinterpretar a sus creadores y en el siguiente compás sentirte plenamente identificado con sus vivencias. Adentrémonos en este maravilloso viaje llamado *Bogotá rapeada*, el Rap tiene un propósito...

Es mi Tabogo,
Bienvenidos todos a parchar con rolos,
Solo Rap ají,
Así se danza con lobos.

John Fredy Cepeda
“Zkirla”

BOGOTÁ

DJ Fonxz

Midras Queen

Sandra Reyes

El Alfarero

El Kalvo



RAPEADA

FONXZ: 40 AÑOS EN EL HIP HOP EN BOGOTÁ

DJ Fonxz

EN 1984, CON CATORCE AÑOS, VI EN EL PERIÓDICO *El Tiempo* un anuncio sobre la película *Beat Street*, que se proyectaría en el Teatro Embajador. Fui a la *premiere*, tomé un colectivo negro que iba por toda la carrera 13 hasta la Séptima. Al llegar, había mucha gente bailando en esa bahía que se convirtió en un punto de encuentro todos los viernes, y que además contó con la presencia de algunos de los actores y bailarines de la película, como Los Magnifics Force y los Boom Breakers, quienes se presentaron antes de la proyección. Ver la película me mostró un universo que desconocía, y desde ese momento quise ser parte de él. El breakdance fue el primer elemento del Hip Hop que practiqué. Además, compré la revista *Toma 7*, en la que aparecían fotos de los

movimientos y enseñaban varios pasos. Practicaba solo y lo-
gré aprender algunos, dándole y dándole.

Siendo de Fontibón, me mudé al Nuevo Muzú y estudié en el colegio Industrial Piloto de Fátima durante dos años. Practicábamos en los descansos y, alguna vez, capando cla-
se, veíamos cómo el M-19 se tomaba el colegio. Nos sacaron a todos al patio principal, nos acostaron bocabajo y realiza-
ron un operativo con la policía y las fuerzas especiales. Nos sacaron por uno de los talleres contiguos a la calle. Habían secuestrado a unos profesores y, durante el rescate, murieron un profesor y un guerrillero. Al día siguiente, fuimos y vimos los impactos de bala en las paredes y los casquillos. Fue toda una película.

Montando una vez en bus de regreso a Fontibón, me di cuenta de que en cada esquina había alguien bailando en los parques, con cartones y algunos con grabadoras. Un día, mien-
tras practicaba solo en el parque de Ferrocaja, se me acercó una persona y me dijo: “Vengo de Nueva York. ¿Has escucha-
do Rap?”. Le respondí que no, y me dijo: “Quiero mostrarte algo”. Me llevó a su casa y me regaló un cassette de Fat Boys y otro de la emisora Hot 97 de Red Alert. Los escuchaba en mi walkman una y otra vez.

Un domingo, ensayando gimnasia, artes marciales y break en el parque de Villemar, se me acercó Pin8 y me preguntó

si podía enseñarle. Junto con los hermanos Sánchez, Nikono, quien era nuestro maestro de barras y gimnasia, fundamos los Fonxz Breakers. También venían jóvenes de varios barrios de Fontibón, principalmente de La Giralda, Arabia, Atahualpa y después de Engativá; Nelson y Frank me llevaron a conocer las discotecas de ese momento, como Atlántida en el 20 de Julio, que quedaba dentro de un centro comercial en un segundo piso, y al lado vendían unas deliciosas hamburguesas. Había dos pistas, era bastante grande. Allí conocí al DJ Yeyo, quien se especializaba más en temas de Rap, y llegó a ser el lugar de encuentro de todos los domingos. Yo llegué a vender cassettes y mi exmujer, globos metalizados con mensajes amorosos. Alguna vez tuvimos una presentación con Raza Gánster, un versus con Gotas de Rap, el cual fue todo un reto. También estuvimos en Studio 51 en Chapinero, donde me subía a un segundo nivel, miraba los retos y escuchaba los temas que ponía Fresh, de grupos como 2 Live Crew, Richie Rich, Rumba Latina, al frente del Parque de los Periodistas.



Con un ambiente peligroso, ya que se reunían varias bandas de varios barrios, vi cómo estalló una granada después de una pelea de botellas. Nos tocó amanecer allí, después de tremendo

zafarrancho. Ya invictos, nos subimos a la Media Torta a tomar chicha. También recuerdo Tropidisco en Las Ferias. Ese ambiente de discoteca era muy especial: los retos de los grupos de break de ese entonces con sus parches y sus pintas, y la música. Allí conocimos a Billy Wilson, Milton, Aldo, Chopo.



Desde ese mismo año, 1988, comencé a trabajar en la empresa de mi familia en San Victorino. Mi familia tenía un almacén allí desde hacía cincuenta años, y fue donde empecé a aprender a planchar y fabricar sombreros, conocimiento que me compartió mi abuelo. La zona de La Mariposa ha cambiado mucho: antes existían casetas y era lo más informal, pero ahora está invadido todo el espacio público y asediado por bandas criminales venezolanas. Sin embargo, seguimos adelante. En esa época, ahorré dinero e investigué dónde se podían conseguir discos de Rap. Fui con mi amigo Boris, quien colecciónaba rock, a las casetas de la 19 con Octava, donde encontrábamos discos importados de varios géneros, especialmente salsa, jazz, Rap y otros. Allí conseguí discos de Public Enemy, EPMD, 2 Live Crew, N.W.A. y algunos sencillos de Tim Dog y Scarface Criminal Nation. Estos discos, especialmente las pistas instrumentales, me sirvieron para

empezar a improvisar y escribir mis primeros versos. También empecé a conseguir mis equipos: las primeras tornamesas, un micrófono y una grabadora con la que amplificaba y grababa. Tuve una batería acústica, pero el ruido era tan perturbador para mi abuelita y mi tía que, para no molestarlas, la sacaba al patio de la casa y sonaba por toda la cuadra. Después la vendí y me dediqué al tornamesismo, que hacía todo con auriculares. Alguna vez los saqué a la calle y los instalamos en el parque de Villemar. Esa fue la primera vez que la gente vio eso, y se acercaban tímidos, otros emocionados de escuchar la música amplificada, las tornamesas y el scratch. Más de veinte jóvenes entrenando. Nadie nos decía nada, la mayoría nos apoyaba, pero no faltaba un vecino que no le gustaba, hasta que la policía llegó y nos rompió el “konker”, el tapete donde bailábamos y que cuidamos durante tanto tiempo.

Un día, fui a comprar música a una tienda en el Centro Comercial Vía Libre, donde el Dr. Rock (Gustavo Arenas) me mostró un recorte de periódico sobre un grupo de Rap llamado Raza Gángster. Le dije que no los conocía, pero quería contactarlos. Finalmente, conocí a Caoba Nikel y Montuno. Los llamé y nos encontramos en el Parque de los Periodistas. Ellos venían de Kennedy, y les propuse ir a Fontibón para mostrarles mis discos. Empezamos una amistad y fui parte de su agrupación. A veces iba a Techo y conocí a la familia

de Caoba y Montuno, a quienes respeto y aprecio. Una de esas historias es que, una noche, mientras paseábamos por el parque de Techo, escuchamos unos gritos y sonidos raros. Miramos hacia arriba y era un pájaro blanco grande, nunca supimos qué era, pero decían que era la bruja del parque de Techo. Junto a ellos trabajaba el Profe Pacho, quien era DJ y venía de Estados Unidos. Él tenía una tornamesa portátil llamada La Guillotina, con la que hacía scratch, y fue mi maestro en esta técnica.



Fontibón se había vuelto peligroso, después de situaciones como las de Johnny el Leproso, que mataba a cualquier hora del día en cualquier barrio. También mataron a unos maestros amigos de mi tío. Mi mejor amigo murió por sobredosis, lo cual marcó una parte de mi vida y no quise saber nada del barrio, de esas amistades y del consumo desmedido de ese tiempo, ya que regalaban el perico; por eso y mucho más nos fuimos del barrio. Yo vivía en el primer sector de Normandía y él en el segundo sector, así que atravesaba la Boyacá y llegaba a los apartamentos donde rapeaba en inglés, y era sencillamente un genio. En la parte de producción, me enseñó a producir las pistas y la ingeniería en la mezcla y el máster. Trabajó en

Yamaha Musical y luego tuvo su propia empresa, Sound Logics, un edificio con oficina, almacén y bodega, donde vende sonido profesional de alta gama. Cuando llegué por primera vez, me sentí muy feliz por él. Yo tomaba el Transmilenio desde el centro hasta Cedritos y llegué al edificio, y entendí que todo es posible gracias a su constancia y disciplina.

Con Raza Gángster tuvimos presentaciones en discotecas de la Zona Rosa; un sueño llegar a tocar en estos lugares como Music Factory, la Floristería, en esa época de los noventa. Entre la 85 y la 95 tocamos en varios lugares para un público alternativo, en su mayoría personas que habían viajado a Estados Unidos o Europa. Conocimos mucha gente y nos introdujimos en ese círculo de la élite bogotana. También estuvimos en el Festival Iberoamericano de Teatro, en el Palacio de los Deportes, donde ya teníamos una puesta en escena con Ali Arenas en la batería, Charly en el bajo, mi primo Carlos en el violín y yo con las tornamesas y las congas. Era el mejor escenario en el que habíamos estado. En ese tiempo ya existían otros grupos como Contacto Rap, Ritmo Acción y Poder, Gangsta Clan, Doble K, Reyes del Rap, Kapital S.B., New Rappers, de donde surgieron Gotas de Rap y La Etnia Rasta. Los conocí en el Teatro Embajador, un viernes, cuando estaba practicando allí. Chiqui, hermano de ellos, que tenían un primo en la misma cuadra donde vive Pin8, en Fontibón, me presentó a sus hermanos Kany, Gordo, Ata. Intercambiamos

música y, en 1994, comenzamos a producir *El Ataque del Metano*, donde participé como productor, arreglista y MC en el tema “5-27”, que se convirtió en un éxito en Colombia y fue incluida entre las quinientas mejores canciones de todos los tiempos por la revista *Rolling Stone*.

Llegar a Las Cruces fue toda una experiencia. Para producir *El Ataque del Metano* me comprometí mucho: salía de trabajar del almacén en San Victorino y me iba a Las Cruces. Pronto conocí a varias personas geniales. Comía en el restaurante de Don Roque, que es uno de los mejores pollos del país y del mundo. Sus esquinas y callejones tienen una historia única; desde Jorge Eliécer Gaitán, Claudia de Colombia, que son del barrio, hasta temas de orden público y las historias del gueto, este barrio matriz de muchos artistas de Rap. Con Zebrita desayunábamos en un lugar muy humilde, clásico del barrio. En la casa de los señores Pimienta creamos un estudio donde dedicábamos varias horas a la preproducción durante casi un año. Hablar de este barrio tiene una energía especial y difícil de describir, pero logramos hacer una producción que, en su momento, marcó el camino y es un pilar del Rap en Bogotá. Su sonido y sus letras representan una realidad que vivíamos en los años noventa, cuando la ciudad estaba sitiada por la violencia. En mi caso, ya era padre y vivía una realidad diferente. Durante esos años, vivimos la bomba del

das, vi las busetas sin vidrios, gente herida y el caos por toda la 13. También escuché las explosiones durante la toma del Palacio de Justicia y vi las noticias de lo ocurrido. Los carteles, los falsos positivos y otras situaciones que Kany y sus hermanos plasmaron en canciones, mientras yo les aportaba mis ideas en las pistas.



Para mí, Kany fue quien cimentó lo que es la industria del Rap en Bogotá y en Colombia. Un ejemplo claro es *El Ataque del Metano*. Recuerdo que fuimos a las tiendas de Chapinero, como Discos La Rumbita, y nos entrevistamos con el dueño en su oficina en Lourdes, donde le colocamos el disco y le gustó. Además, ya lo habían pedido en varios de sus almacenes, y nos pidió cincuenta cassettes y cien cd. Fue la primera venta al por mayor de este álbum, que se distribuyó en toda la ciudad. Algo curioso es que fuimos a varias emisoras comerciales alternativas y ninguna nos permitió radiala; al contrario, nos vetaron. Pero en Medellín, Perro Loco tuvo un programa y el tema llegó a ser número 1 en una lista con Shakira, Carlos Vives, Eros Ramazzotti, entre otros. Hoy es parte de la memoria del Hip Hop y de la Bogotá de los noventa, desde Las Cruces para el mundo.

Ese mismo año, Caoba Nikel y Montuno tenían el programa *Reino Clandestino*, después de que Ángel Perea nos invitara al que él hacía de música afro en la Radiodifusora Nacional, *Soul 2 Soul*. Tras dos programas, el director nos propuso hacer uno solo de Rap, y así nació *Reino Clandestino*. Fueron muchos los llamados, saludos y demos de grupos de toda Bogotá. El programa estuvo al aire durante siete años, impulsando una industria que surgió desde los escuchas, con varios géneros y dando entrada a muchos artistas. Finalmente, decidí salir de la emisora, y comencé mi escuela de formación Universo Zu en el barrio, y realizar estos procesos locales requiere un gran compromiso y sacrificio. Lo primero fue abrir mi casa, habilitar una habitación como estudio, colocar las tornamesas y otros equipos. Era una necesidad, ya que muchas personas querían recibir asesoría para hacer pistas y grabar. Un día alguien tocó mi puerta: era Javi Herck, quien me dijo: "Quiero aprender con usted, yo le pago, ¿cómo es?". Fue entonces cuando decidí compartir mi conocimiento. Creé un péñsum con las técnicas y los pasos que había aprendido, y abrí cursos de DJ y producción musical, en los que tuve a veinte jóvenes practicando. Nos reuníamos los viernes y domingos, y trabajábamos junto con raperos como Batalla y Tres Equis (quienes formaron parte de Raza Gángster como los Insurgentes de la Danza). Estaban en la preproducción de su álbum con La Gallera, *Primera dosis*.

Con ellos conocí una parte de Las Cruces y otros talentos únicos en su estilo. Verlos en vivo es vibrante y emocionante. Estuvimos en el festival de Santa Fe 2024, en el parque de Las Nieves, con esos personajes y situaciones del lugar como microtráfico y hurto de momento. Vivimos esa realidad con bandas transnacionales y con un público del centro que disfrutó de ese Rap crudo, que plasma las vivencias en el epicentro de la Atenas Suramericana. En ese mismo proceso conocí a Zkirla y Spoiler, quienes me parecieron muy talentosos. También conocí a PNO, Macko y Jerico CTO Crew, jóvenes de quince años que practicaban freestyle sobre pistas instrumentales de la época. En el estudio de 5-27 produje la primera versión de “Elevación constante”, que más tarde saldría en la producción *Entrando al juego* de Sony Music. Me presenté con ellos en la primera versión de Rap a la Torta en 1996.



Hablar de la Media Torta es mostrar esta parte de Bogotá que, para mí, no solo fue el primer escenario del Hip Hop, donde a lo largo de mi carrera he visto algunos de los mejores shows. De pequeño, mi papá me llevó a ver danzas folclóricas; esa tarima era y será uno de los mejores escenarios al aire libre de Bogotá.

La vieja escuela, Old School D.C., conformada con algunos de los integrantes de grupos de break de los ochenta y otros que existieron como las Cobras, los Billis, los Speed Small, Electric, Bone, Boom, Halcones Negros, Duques los Naranjitos. Hay personas comprometidas como Hanz de Suba y Usaquéén, como el investigador y referente Víctor Casas, de Engativá, bailarín de siempre, que, junto con el maestro Repollo R.I.P., representa la vieja escuela de esta localidad. También están Caldas MC, bailarín, pedagogo, miembro de Contacto Rap, y Hermes, de San Cristóbal, quien lidera proyectos con instituciones. Seguimos pensando en espacios con Little Nelson y su espacio Just Music Old School en La Perseverancia. Esto nos une a todos aquellos que tienen sus escuelas de formación o procesos independientes, buscando los espacios y las condiciones para desempeñar su trabajo y construir en su territorio. No es más que seguir en la lucha. Hoy en día, hay barrios fuertes en la producción musical, con artistas consolidados y otros en proceso. Admiro a los B-Boys y B-Girls de aquí, como los Indigenaz Rockers, que llevan la bandera de unir y romper fronteras físicas y mentales, llevando todo esto a otro nivel.

Tenemos que hacer obras increíbles, como ejemplo para nosotros mismos y nuestros jóvenes. Hacer realidad las metas de uno es todo. Hace poco fuimos a ensayar al complejo de San

Cristóbal, porque es entrenando como se logra. Este espacio es algo que me enorgullece de la Bogotá actual: un complejo deportivo con canchas de baloncesto, fútbol, tenis, piscinas y programas para toda la población, como ejemplo para otras localidades, como los comedores comunitarios, programas y apoyos a las personas con discapacidad, asistencia al adulto mayor, y los niños y niñas y sus diferentes programas, aportando al mejor vivir de nuestros barrios.



En el 2000 llegó Parce-O de Houston, que representa esta localidad y el barrio Santa Inés. Juntos comenzamos el proyecto *Avalancha*, marcando la transición de lo análogo a lo digital. En ese momento, todos intentábamos mejorar el sonido y aprender a grabar en diferentes canales. En varios barrios de Bogotá se estaban creando grupos solistas y otras disciplinas como el graffiti y el breakdance. Mi trabajo fue fresco y comprometido. Grabé con el profe Pacho, quien vivía en Chía, y me tocaba viajar una hora y media en flota para llegar. El tiempo y el dinero que invertía en eso, junto con mi responsabilidad como padre de dos hijos, me hacían reflexionar sobre el sacrificio que implicaba todo esto. La música no me daba lo suficiente en ese momento, por lo que mi exmujer trabajaba vendiendo

en una caseta de dulces en los descansos del colegio Alquería de la Fragua. Aprendí a trabajar la madera y diseñé bandejas, cubiteros, percheros y cofres, entre otros. Tenía mi taller en casa, con la caladora, pulidora y compresor, y vendía mis productos en el Pasaje Rivas y a algunos clientes de Girardot que viajaban a este municipio los fines de semana.



Mi pasión por lograr mi tercera producción, *Avalancha*, me llevó a destacar temas como “Sin piedad” de Zkirla, que llegó a ser número 1 en Bogotá. Su letra, la forma en que usaba el sampler y su sonido sencillo hablaban de una realidad de manera única, convirtiéndolo en un clásico. También lanzamos “Para el futuro”, el primer tema que radiamos de Tres Coronas, y “Realidad”, del álbum *Zualezer Acto 1*, que narra mi experiencia cuando me fui de la casa a los 13 años, tras sufrir maltrato por parte de mi madrastra. Estuve sin hogar durante un tiempo, hasta que un compañero de la escuela me ofreció quedarme en su casa. Fue una experiencia que plasmé en ese tema.

Nos presentamos en 2001 en el Parque Simón Bolívar, en Hip Hop al Parque, donde logramos que se nos diera este escenario luego de varias gestiones, ya que muchos se oponían

debido a los desmanes ocurridos alrededor de la Media Torta por afluencia masiva ese año. Sin embargo, lo conseguimos. Mis propuestas para el festival fueron aumentar el número de cupos para cada localidad (uno por barrio, para un total de veinte), mejores pagos, intercambios con artistas internacionales, agua en todos los puntos del parque, más seguridad y menos artistas internacionales, con el presupuesto de la mitad menos de artistas internacionales destinarlo a lo local y la incorporación de actividades pedagógicas.

En 2002, me mudé a Madelena y comencé a buscar alianzas con gente de Ciudad Bolívar. Conocí a Fresh, quien se convirtió en mi hermano. Juntos creamos la primera escuela de DJ. Él me presentó a Cejaz, a quien considero el único OG gangsta de la vuelta, y a quien le agradezco profundamente. Durante una gira nacional con SO y A Shaby, me reunía con ellos en una casa en La Candelaria para ensayar para algunos conciertos en la localidad. También creamos la escuela de DJ Free Scratch en San Andresito de la 38.



En 2005 trabajé con Caleto, quien tenía un almacén de vinilos y un estudio de grabación en San Andresito de la 38. En ese lugar, varios DJ y MC nos reuníamos y grabábamos,

logrando momentos memorables como un freestyle de 10 minutos con Caleto. Durante una gira por Medellín, conocí a La Clika Underground, quienes se convirtieron en mi familia en la Eterna Primavera. Hicimos la producción *Animales sin Rostro*, que sacamos en una edición especial de colección, diseñada por mí en mi taller de ebanistería en La Alquería, donde hasta mi hijo me ayudaba a lijear las piezas.

En 2006, trabajé con Santacruz en *Golpe Directo*, una casa escuela en La Candelaria y después en el barrio Santa Bárbara, junto a Las Cruces. Un día nos enteramos de que Zebra estaba en el Cartucho, y fuimos a buscarlo para proponerle vivir con nosotros y sacar algo juntos. En ese tiempo, el Cartucho atravesaba de la Décima a la Caracas y la primera vez que entré, era ver un infierno en la tierra, además de que había canecas con fuego, indigentes, basura, niños, niñas, y pasarían cualquier cantidad de vejámenes, que después se descubrieron como fosas comunes, enterrados en las paredes y otras atrocidades, así que siempre ha estado latente el tema de las drogas en Bogotá, la lepra del siglo 21. Era un proceso de aprendizaje, convivencia, trabajo diario, que culminó con la grabación de *The Ghetto Superstar*, la producción en solista de Zebra con diferentes colaboradores, y *La Calle del Animal*. Las secuelas que deja la calle son imborrables, pero de Miguel quedó su esencia. Y si hay un MC que representa Bogotá y sus calles, ese

es Zebra. Conozco lo increíble que es como artista y escritor. Sabe inglés, francés, y tiene conocimiento sobre muchos temas. Además, solía ir a la Biblioteca Luis Ángel Arango, donde llegaba con propuestas diferentes y diferentes temas de lo que había investigado o leído. Logramos grabar algunos discos que hacía en una sola toma, algo increíble en ese momento, lo que se logró de la mano de Santacruz Medina. Y, además, grandes anécdotas, como la vez que llovió torrencialmente en Plaza España. Almorzamos en el segundo piso mientras la lluvia caía a cántaros, y le pregunté cómo hacía en esos casos. Me respondió que tenía que esperar a que escampara, intentar que no lloviera al día siguiente para medio secar la ropa y los zapatos. Sin embargo, hubo una temporada en la que se enfermó y estuvo hospitalizado por neumonía. También me contó que alguna vez, cuando dispararon cerca de donde él estaba, se echó un muraco encima para salvarse de los tiros. Nos relató historias dolorosas, o en mi caso que trabajaba los fines de semana en Plaza España, y escuchar historias como los “pinchos” de quinientos y mil que se decía eran de carne humana, o cómo niños y niñas vendían su cuerpo por una bicha. Eran historias que nos dejaban tristes, pero nos hacían valorar lo que teníamos, pero sin lugar a dudas es una realidad de nuestra ciudad, que marca un problema de fondo que corroe todo.

La Calle del Animal, que es la placa de la esquina de donde quedaba la casa, sería la tercera producción de Animales sin Rostro, donde también conocí a Deja Vu, Caronte, Corona, Yaga, Wyland, Latinos Guetos, y juntos sacamos una producción doble: un audio y un DVD. De esta manera, reafirmo que, cuando hay unión, fuerza y trabajo, se ven los resultados del cambio, la transformación y la evolución de un movimiento. En el trayecto de mi vida personal y mi amor por el Hip Hop, plasmando todas estas experiencias, agradezco y recuerdo cómo, en 2010, subí con 26 artistas a Hip Hop al Parque. Santiago Trujillo me preguntaba cómo lo iba a hacer, y le respondí: "Relevos. Unos entran, otros salen, y en las visuales, los logos de cada uno". Subí con Cariñito, Lancelot, DJ Jeff, DJ Dhago, Bajo Máscaras, Q Piskero, La Clika KBN, la Crack, y fue un éxito. Presentamos temas de La Crack junto a Deja Vu. Yo grabé *Al Filo de la Espada*. Nos presentábamos frecuentemente en los bares de la Primero de Mayo, especializados en diferentes estilos de música: unos en clásicos, otros en español, como Los Masai. Estábamos en el epicentro de lo que ocurría en la ciudad, y duramos más de un mes presentándonos cada ocho días, siendo la sensación del momento. Cejaz nos mostró cómo podíamos hacerlo, creyendo en lo que hacíamos. Todos montados en el bus, y eso nos identifica: ese sonido, esas experiencias convertidas en canciones por este maestro del *ñanpirismo*.

Recuerdo que esa generación también malinterpretó algunos mensajes, que asociaban a la droga, pero más allá de eso, eran temas de la época del Bronx, donde ser realista era necesario. Sin embargo, una generación se degeneró, y perdimos algunos amigos y amigas. Esos temas sonaban en todas las rockolas, y la música de la Crack Family era y será un clásico por toda la ciudad.

En 2012 conocí a Jumao Flute Box en el Parque de los Hippies, en Chapinero, y me deslumbró su técnica. Nunca había visto esa técnica de beat box con la flauta traversa. Desde entonces, somos grandes amigos. Me presentó a su cuñado, Alex, con quien creamos el estudio Alfucast en el Salitre Greco, un sueño construido con esfuerzo. En Teusaquillo, vecinos del Simón Bolívar, creamos un estudio de croma, ese espacio todo verde de las películas para hacer fondos especiales, un estudio de grabación, de ensayo, de producción audiovisual y diseño, todo en uno solo. Con mucho esfuerzo, logramos terminarlo con todos los detalles. En ese lugar trabajaron Deja Vu, Caleto, Big Mancilla, entre otros grandes productores. Realizamos procesos de formación, y allí nació Ch Scratch, que ha sido un DJ constante, en la batalla. Consolidamos todo ese trabajo en 2010, con el álbum *Al Filo de la Espada*. Tuve la oportunidad de hacer un taller con Popo, en la Familia Ayara, y trabajé en la sede de la 39 con Caracas. Fue un honor

ser parte de este equipo que ayudó a crear procesos de formación, acciones y programas para los jóvenes que se integraban al Hip Hop en toda la ciudad. A través de programas con los ministerios de Educación, Salud, Cultura, Deporte, se trabajaron temas de salud mental y el buen uso del tiempo libre; impulsamos lo cultural y la participación del Hip Hop en distintas instancias. Popo apoyó a varios grupos de Rap para sacar sus producciones musicales, y dentro de la Familia Ayara, muy vinculados con lo afro, apoyó a un grupo como ChocQuibTown, que ganó un Grammy. Recuerdo preguntarle a Tostao, en un cierre de actividades, qué se sentía ganar ese premio, y me dijo: “Nos lo entregaron, pero no nos lo llevamos, nos dijeron que le daban una gira por el mundo y ahí sí nos lo enviaban”. Le dije: “¿Así es?, pensé que el Grammy uno se lo ganaba y se lo llevaba a casa”. “Noooo”.



Con la ayuda de Popo Kasar Midras, lanzamos el álbum *DJ Fonxz 30 años*, prensado. En 2015, fuimos invitados distritales como Animales sin Rostro, en Hip Hop al Parque y contamos con la participación de DJ Makumba, quien representa a los DJ de la vieja escuela de Bosa, con un proceso social en su territorio. Él es sociólogo y trabaja con comunidades

indígenas. Junto a él, conocimos la cascada de Las Delicias, un lugar ancestral. Después de un recorrido por un caño y un parque lleno de grafitis, llegamos a la cima, donde descubrimos una cascada de 30 metros. Me metí bajo el chorro de agua, y sentí que estaba en la fuente de la eterna juventud. Fue una experiencia única, aunque un par de encapuchados llegaron y reconocieron a Zebra, quien terminó pidiendo un pan a los atracadores. “Chinos, dejen la liga para el Zebra”, frase de cajón para el conspire diario.

Makumba, mi hermanito Ahky, desde los noventa en la música, la opinión y la bohemia, también ha sido parte de todo este camino. Juntos trabajamos en el rescate de los orígenes muiscas de nuestro territorio y en la lucha por los derechos del barrio. También estuvo Nouse en este show, ya que era importante la presencia de la mujer. Ella trabajaba conmigo desde la Nueva Granada y participó en la obra *Independencia Grita*, creada por Jeny Martín y Yako, que recreaba el florero de Llorente, el fusilamiento de Policarpa, la revolución comunera, bajo la supervisión de Patricia Ariza y la Escuela de Teatro de La Candelaria. Fuimos hasta Cartagena con la obra, y esos primeros pasos en el teatro me llevaron a ser extra en *El Capo 2* y *Presos en el extranjero*, donde recrearon una cárcel de Nicaragua en el Colegio La Salle; toda una superproducción de la National Geographic. Participaron los Fonxz

Breakers, Oscar, Pin8, Aldana, ya que para mí es importante la presencia de los B-boys en mis shows.

También estuvo Audio Secta, de la nueva escuela de Fontibón, Big Stan, quien con Animales sin Rostro debutó en Hip Hop al Parque. Sabía que iba a triunfar, y así lo hizo. Su carrera despegó en Bogotá, y llegó a dejar Pasto con su talento en el radar de todos hasta llegar a firmar con Universal Music y ser el artista revelación del momento.

Esta presentación fue clave en mi carrera, ya que consolidó mi constancia y relevancia, con un show con varios elementos y artistas invitados. En los siguientes años decidí enfocarme más en la formación que en lo artístico, y desarrollé varios proyectos en el barrio. En 2018, en Hip Hop al Parque, me encontré con Zebra. Estaba en la calle y no tenía dónde vivir. Yo venía de un taller, cancelé un vuelo, y con lo que gané, le ayudé a tener una vida digna por un tiempo. Fue el renacer de esta estrella del ghetto.

Varias personas de Plaza España y del medio le regalaron ropa, cosas, y lo apoyaron para que tuviera su propio espacio. Lamentablemente, no aceptó el proceso de rehabilitación que le propuse. Yo deseaba que cambiara algunas actitudes, y que nos recuperáramos de nuestras adicciones, pero él no quiso.



Con el tiempo decidí ingresar a una clínica psiquiátrica, en 2023, donde encontré un propósito más allá del Hip Hop. Volví con Adriana, quien es una excelente mujer y pareja, pero este año tuvimos que enfrentar una situación que denuncio en estas páginas. Sus hijos menores empezaron a fumar marihuana, a irse al parque fantasma en Fontibón y, bajo la influencia de las redes sociales y sus amigos, hicieron una infusión de floripondio (de donde se obtiene la burundanga), una planta que se encuentra en varios jardines del barrio. Esto los llevó a un episodio psicótico, en el cual temimos que pudieran quedar así. Después del sufrimiento de esta madre y tras tres meses de internamiento en la Clínica de la Paz, los jóvenes volvieron a casa. Hoy vemos cómo los jóvenes son instrumentalizados para el consumo, la venta de drogas y todo tipo de delitos. Es un llamado de atención a todas las familias para cuidar a sus hijos, pues el “tusi” (un coctel peligroso) está tomando fuerza. Sabemos que bandas transnacionales lo mezclan con heroína y fentanilo para que sea aún más adictivo. Esto ha acabado con la tranquilidad de muchas familias. Recientemente, participé en el festival local de Fontibón “Cuando las calles hablan”, pero la organización no me incluyó como invitado, a pesar de mi voluntad y trayectoria. Esta situación me dolió, pero entendí que no siempre se recibe el respeto que uno cree merecer. A pesar de todo, saqué 5 videoclips de mi última

producción, que recopila 3 años de trabajo en 20 canciones con 12 invitados. Es frustrante, pero me motiva a seguir haciendo lo que amo. Para el 2025 tengo varios proyectos que espero compartir. Hoy escribo estas palabras e inmortalizo esta historia de guerreros que dan la vida por esto. Para este año y mis 40 años en el Hip Hop, he recopilado todo este recorrido y he creado mi séptima producción, que llamé *El Tiempo de Zu*. El tiempo de Dios es perfecto.

Grabé en varios estudios y trabajaron conmigo Dany Jha Bless, de quien soy fan y ha sido un colaborador incondicional de siempre; Ogma, productor y mi mano derecha en este proyecto, y desde mi Fontibón, represento esa Bogotá única. Es una urbe fría, compleja, violenta, pero es la mía, una localidad donde ha habido 5 alcaldes en un año, todos investigados por corrupción o malos manejos. Hoy fui a la alcaldía a pedir una silla de ruedas para Nikono, un amigo que seguramente muere pronto, y que toca esperar hasta el próximo año, lo cual es indignante.

Hoy, 40 años después de conocer esta cultura, nos consolidamos como patrimonio y memoria del Hip Hop de la ciudad y como ejemplo para el mundo. Me enorgullece todo lo que están haciendo las nuevas generaciones. Estoy seguro de que vamos a seguir evolucionando y creando Hip Hop, trabajaremos y nos esforzaremos para ser mejores nosotros mismos y así aportar positivamente a nuestras familias y comunidades. De

mi parte, no me canso de aprender, de experimentar, buscando mis metas personales. Las luchas son individuales, pero en tu propósito, todo es posible con disciplina. En este universo, todos los días tenemos la oportunidad de mejorar, de prepararnos para el reto diario, desde ya creando un futuro, redibujando y luchando con ahínco en la vida y trascibiendo la propia realidad en temas, poesías y canciones.

Hoy, que volví a vivir en Fontibón por cosas del destino, salí y recorrió la carrilera hasta llegar a la estación, donde cerca quedaba el Cerezo, un restaurante de mi abuelito donde se comía gallina criolla, que además sería el plato típico de esta parte de nuestro barrio junto con la fritanga, la picada especial y el cuchuco de espinazo. Hoy, esa vía fue ampliada, y esas disputas por el predio entre mi familia y la alcaldía terminaron en extinción de dominio, y solo quedaron los buenos recuerdos. De niño acompañaba a mi tía a la plaza de mercado y llevaba los canastos con carne y verduras, y esos olores y colores únicos de esta experiencia, los buenos momentos de cuando tuve la oportunidad de tener mi hogar y ver crecer a mis hijos, y otras malas, como cuando tuvimos que irnos estando mi exmujer embarazada de mi hija, también cuando murieron mi hijo, mi abuelita y mi padrino en un solo año.

El Hip Hop en Bogotá se vive en cada barrio y en cada esquina. Pin8, en el barrio, entrena todos los lunes, miércoles

y viernes en el salón comunal de Villemar, donde él ha tenido la oportunidad de ser parte de la junta y asegurarse de que este espacio siempre esté abierto. Tenemos niños, niñas, jóvenes con grandes resultados que a futuro se verán reflejados gracias a su entrega, talento y disciplina. Todos los que amamos esta cultura seguimos dando lo mejor de nosotros, aportando a la evolución personal y cultural. Si no, basta con ver el graffiti en la ciudad. Cuando voy por la avenida 26 o la 80, en TransMilenio, de lado y lado, puedo admirar obras que me enorgullecen y embellecen la ciudad. Esas creaciones de artistas que además han ganado reconocimiento y respeto internacional.

En el Rap, los eventos independientes y privados se llenan porque la gente apoya a sus artistas y disfruta de sus conciertos. El género se ha convertido en una industria pujante y efervescente que refleja la fascinación de las nuevas generaciones. Las escuelas de breakdance en diversas localidades y sus procesos de formación crean semilleros de niños y niñas interesados en aprender breakdance, Rap, graffiti, DJ, entre otros.

Los ejemplos actuales nos demuestran que esto se ha convertido en una profesión en crecimiento, con grandes posibilidades de alcanzar logros tanto personales como profesionales. Con los años de experiencia que tengo, puedo afirmar que en todas las disciplinas del Hip Hop hay mucho talento, que se

muestra en festivales locales con propuestas diversas. En mi caso, he sido jurado e invitado en varias localidades y cada vez descubro artistas decididos a alcanzar sus sueños, trabajando arduamente para lograrlo.

En lo musical, Bogotá tiene un sonido propio que la identifica. A lo largo de las décadas, muchos artistas han contribuido a consolidar el Hip Hop como una institución en Latinoamérica. Un claro ejemplo de ello es el festival Hip Hop al Parque, que demuestra que somos una potencia mundial. Muchos quieren estar ahí, y los que hemos participado somos conscientes de la plataforma que significa. Los que amamos esta cultura seguimos en constante creación, compartiendo lo aprendido y vivido, y aportando desde nuestra experiencia. Como agentes culturales y musicales, seguimos el camino de crear diferentes estéticas que los artistas plasman en sus producciones. Algunos líderes y mesas de trabajo colaboran con la institución para articular proyectos, lo que demuestra el compromiso que tenemos con esta causa.

En mi caso, la pasión y el amor por el Hip Hop van más allá de mi comprensión, ya que he tenido y vivido experiencias que nunca imaginé en este universo.

En el Hip Hop todo es posible, hasta lo que parecía imposible. Paz y respeto.

UNA CRIOLLITA ENVUELTA EN SU MANTO DE TIERRA NEGRA

Midras Queen

ES LA CRIOLLITA, LA PAPITA ENVUELTA EN SU MANTO de tierra negra que a la hora de brincar de su cama sale como toda una diva de páramo, a brillar como el oro cuando le da la luz del sol y en las manos de su cultivador se convierte en el más exitoso manjar de uno de los platos más tradicionales del pueblo de Usme.

Así es el comienzo de todo esto: la risa de unos niños se convirtió en resistencia y rebeldía en los años ochenta y noventa. Antes de llegar a Usme, recuerdo que vivíamos en el Granada Sur y mi infancia venía llena de anécdotas y situaciones paranormales. Dirás, ¿cómo así? Sí... De niña se me presentaban cosas extrañas y veía cosas que solo yo sentía, cosas que no me dejaban dormir, y mi papá era el guardián de

mis noches cuando tenía miedo a la oscuridad. En una de esas noches tuve mi primera experiencia: en esa casa que vivíamos, en una de las ventanas de la cocina, que en ese entonces se compartía con otras familias, en plena oscuridad observé cómo una mano salía de la nada entre los ladrillos de ese espacio. Yo miraba y a la vez me preguntaba qué era eso, y cuando pude reaccionar vi que era una mano gruesa, arrugada y pálida, con unas largas uñas, como diciéndome “ven, ven”, y yo en mi nerviosismo solo miraba qué tan grande era, y más escalofriante cuando agudicé la mirada y vi que estaba llena de pelos. Y sí, era la mano peluda, y no estaba en los cuentos, como dicen, yo la vi real, más asustada pa dónde; desde ese momento empezaron a ocurrirme cosas paranormales, en esa casa sentí cosas como que te tocan los pies, la espalda: sentía frío, miedo...

No se puede negar que a pesar de tantas cosas vividas como niños, compartir con los primos, jugar, y hasta hacerme un chichón por estar de mica, viví mi niñez con altibajos, pero siempre fui la niña de los ojos de mi papá, don Braulio. Recuerdo que él trabajaba en un sitio que se llamaba La Reserve, un lugar icónico de Bogotá en la carrera 15 con calle 37. En este lugar disfruté mucho de comer cosas ricas que solo los ricos podían comer: una de esas era el tiramisú o la torta negra, que en ese entonces no era común como en las panaderías de ahora. Cuando allí se

hacían fiestas, bautizos, matrimonios o eventos de cadenas de televisión como RCN, nuestro pedazo llegaba a la casa en manos de mi papá. La sorpresa era que nos despertaba para que comiéramos ese manjar. El dueño de La Reserve era un italiano muy reconocido en Bogotá y se codeaba con el *jet set* de la época. Mi papá, como todo chef para certificar su conocimiento, recuerdo que hizo su maestría con Segundo Cabezas, el cocinero más importante de Colombia, oriundo de Barbacoas, Nariño. Como mi papá se relacionaba con mucha gente en ese restaurante, como todo un personaje hizo su primera entrevista en televisión con Gloria Valencia de Castaño. Recuerdo que cuando lo vi, no la creía, pues la televisión estaba muy lejos para muchos, para la gente humilde, y más para los afro.

Mi mamá, Rosa, era una mujer humilde que salió de su pueblo sin saber leer ni escribir, pero me acuerdo de que con ella hacíamos mis tareas y las de ella con unas cartillas que en ese entonces se llamaban *Camina*, que eran del Gobierno de Belisario Betancur. Siempre que terminábamos, mi mamá dejaba a mi hermano al cuidado de mis primas y yo me disponía a colaborarle a hacer las famosas cocadas. Mi papá se encargaba de comprar el coco, la panela y los demás ingredientes. Y cuando llegaban los fines de semana, nosotras salíamos a venderlas en la bomba de gasolina de la calle 80. En ese entonces, el objetivo de mis papás era tener su casa propia.

Mientras tanto, en mis jornadas de primaria, se me dio la oportunidad de formar parte de una banda de guerra que había en el colegio, y que estaba dirigida por el profesor Dímax. Mi participación no fue muy larga, pero toqué los platillos y en ciertos ensayos salíamos del colegio a darle una vuelta al barrio, y siempre me miraban mi mamá y mi hermano Juancho. Creo que ahí me nació el gusto por la música.

Ya después de varios años, Usme apareció en el radar de mi familia; no fue solamente un desplazamiento de afros buscando una vida digna, sino también la búsqueda de un lugar donde pudiéramos sentar cimientos. Y fue en el barrio Valles de Cafam, de casitas de dos pisos donde el olor a cemento nos hacía sentir que llegábamos a un nuevo lugar de sueños y alegrías, también rodeado de montañas verdes, campos llenos de caballos, vacas y cabras, donde encontrar musgo era el plan perfecto para decorar el pesebre en Navidad, mientras sonaban villancicos y se repartían dulces en cada cuadra.

En ese entonces, Valles era un barrio con 120 casitas que no se dividían ni por raza ni por proveniencia, solo éramos niños buscando dónde jugar, y los más grandes nos incluían en sus juegos, como el béisbol, que era algo nuevo para mí, pero nosotros teníamos más amor por el yermis, ponchados y rejo quemao, entre otros.

Entre callejones, las oportunidades eran pocas, pero aun así nos cobijaba la madre Usminia.

Mi rebeldía dio pie cuando mi madre falleció en 1989: éramos apenas dos niños, mi hermano Juancho y yo, Sandra, que buscaba una identidad, una guía o figura materna, algo complicado para una época en la que se busca qué hacer, qué decir, con quién andar, cómo aferrarse a algo en ese momento de duelo. Por eso mi llegada al Hip Hop fue un salvavidas cuando entré a la adolescencia —que no fue ni mala ni buena—, aunque los desafíos estuvieron a la orden del día y tuve que hacerme notar en un entorno hostil y aguerrido donde mi voz no tenía ese valor que ahora tiene.

Uno de mis aliados en todo esto fue mi gran amigo Freddy Páez, quien después de años de no vernos llegó a Usme a vivir en El Virrey, donde su familia comenzó a construir su casa, que con el tiempo se convirtió en el centro de encuentro de todos los que éramos simpatizantes del Hip Hop en ese entonces. La mayoría nos veíamos en alguna calle o casa para compartir, unos eran del Alfonso López, Comuneros, Bellavista, Monteblanco, Marichuela, Santa Librada, Yomasa y La Aurora, y hasta llegaba gente de otras localidades.

Para mí era duro ver que las chicas no estaban interesadas en cantar o hacer grafitis, pero sí eran partidarias de que sus novios fueran raperos y apoyaban de alguna manera en el

entorno del Rap. Éramos apenas dos mujeres afro junto con Jacqueline Castellanos, integrante del entonces grupo Blanco y Negro, que era de hermanas.

Todos querían brillar con su música, pero para mí era un poco más difícil, ya que venía de una familia en duelo en la que mi rol de niña se desvanecía con los deberes de una mujer adulta, de casa, y mis tiempos de compartir eran pocos; no salía casi, pero me las ingeniaaba para escaparme en las noches y aprender de eso que se llama Rap, de cómo componer e improvisar; sin olvidar a mis primos, que gracias a ellos conocí temas como “The Power” de Snap o “Pump up the jam” de Technotronic; con ellos bailábamos en las fiestas y éramos el centro de atracción. De ahí consolidé mi amor por el arte y me sentía libre cuando lo hacía, y mi soledad la llenaba con música, risa y todo lo que me hacía feliz en ese entonces.

Pero después hubo una pausa que no comprendía, y fue cuando nos fuimos a vivir a Medellín, donde no conocía a nadie, no sabía dónde estaba parada ni de dónde era, pues me habían quitado una parte de mí... Hasta que llegué al colegio y sentí un respiro cuando conocí a una gente que hacía Rap en Envigado; allí fue donde desaté mi rebeldía y dije “esto es lo que deseo y voy luchar por él hasta donde me dé el cuello”.

En realidad no duré mucho en Medellín, ya que, como raro, la mujer debe ser el ejemplo de todo, y si te sales de la silueta

femenina de ser la culta, ordenada y profesional, no vales, ¡y sí!, me salí de las manos de mi papá y me desaparecí por un largo tiempo llena de tristeza e impotencia, pues me dieron la espalda y regresé a una ciudad fría y a un entorno donde pensé que era de nuevo bienvenida. Pero me costó mucho levantarme, pues lo que deseaba la gente era que trabajara como bestia, aportar fuera como fuera; pero no, me convertí en una leona aguerrida y leal a mi causa, y retorné a mi cuna, Usme, con una maleta y mi cuaderno de notas para empezar como la Midras Queen. Cuando toqué de nuevo mi territorio, respiré un aire de libertad, su olor a campo, a fraternidad, y dije “regresé para hacer historia”.

Con ayuda de una tía política empecé de nuevo, y además hubo alguien que apostó por mí, la directora de la escuela Fe y Alegría, la hermana Pilar. Ahí aprendí el arte de las manualidades y empecé a trabajar para mí desde el arte; gracias a esa escuela muchos jóvenes encontraron un espacio de encuentro para tener un respiro, hablar de su inconformidad, de cómo se podía canalizar desde la música y también ver cómo otros grupos importantes ayudaban al crecimiento personal y artístico. Así conocí a Gotas de Rap.

Yo desde mis inicios como MC empecé a hacer trabajo social con otros jóvenes de la Zona Quinta de Usme. Todo empezó con un recorrido buscando chicos amantes del Rap para hacer

talleres con ellos y enamorarlos de esta nueva oleada Hip Hop. Muchos no sabían cómo hacerlo, ya que en otras ocasiones algunos decían que el Rap no se enseña, pero me di a la batalla de enseñar y de mostrarles cómo lo aprendí, siempre dejando que ellos dijeran cómo se sentían, cómo era su entorno, sin agobiarlos, dejando que fluyeran. Y vaya sorpresa, unos monstruos en las letras; para ellos significaba canalizar sus energías, improvisando, puesto que su entorno era un poco tóxico por cómo los veían. Se convertían en objetivo público, los miraban mal por su modo de vestir, la persecución policial era constante, sus ideas no tenían mayor relevancia y, como contaban en su lenguaje sobre la opresión, no querían que nada se supiera.

Sin embargo, después de presentarnos en varios espacios, llegó un festival llamado RaPaz, liderado por Fe y Alegría, del que muchos jóvenes hicieron parte y por el cual fueron vistos como agentes de cambio. En ese entonces entendí el rol primordial de la mujer en la historia de mi localidad: pude hablar de cómo me sentía a través de la música y de cómo la gente de Usme nos miraba como jóvenes de bien. A pesar de la adversidad, seguimos trabajando por la cultura, como hijos de Usminia, guerrera luchadora que desde que llegamos a este lugar nos acogió, nos dio aliento para seguir trabajando por ella. Usme como territorio de esperanza sigue ganando jóvenes y miradas de muchas mujeres como yo.

Mi nueva llegada a Usme fue enriquecedora, pues hacer Rap era lo que más deseaba desde que lo conocí. Cuando volví a pisar mi localidad me reencontré con Freddy, y mi gran sorpresa fue que ya el grupo no era como lo había dejado, había crecido y mis nuevos compañeros eran Juano, Rodrigo, Freddy y Jhon. A este último lo conocimos porque nos dijo que él era DJ y acababa de salir de un centro para jóvenes con problemas de drogas, y el papá lo dejaba ensayar con nosotros siempre y cuando él estuviera presente, y la verdad era raro al principio, pero después nos acostumbramos; fue algo nuevo para mí.

Así consolidamos Golpes de Ritmo. Para esa época cantábamos en todos lados de la Zona Quinta y en esas rodadas de Usme conocimos a un parche, una banda de rock en un evento, y dijimos “por qué no hacemos algo con ellos”, y se dio la fusión, que en ese entonces era algo loco, pues Rap con rock no era que le gustara a la gente. Era algo radical, las temáticas eran fuertes, pues los jóvenes que no estábamos a gusto con lo que pasaba lo decíamos sin tapujos, mientras la sociedad nos encasillaba de ñeros, drogadictos, ladrones, ¿y qué?, ahora ellos decían “esto no es Rap”, pero nosotros “sí, aquí vamos con toda”.

Por nuestra rebeldía, nada era bien visto, pero al final lo invisible dio buen fruto, pues la gente aceptó nuestra fusión. Claro está que no todo el tiempo se podía llevar el parche y

continuábamos con el formato normal: voces y DJ, y eso también nos dio cabida para participar en el primer festival de Rap a la Torta de 1996. Nos fue rebién, tanto que más grupos de la Zona Quinta fueron a participar en el evento gracias a la gestión de algunos que nos invitaron por parte de la Alcaldía de Bogotá, donde entonces estaba Antanas Mockus.

Además, tuvimos la oportunidad de que Fe y Alegría nos otorgara un espacio especializado y salones para los raperos; de ahí salió el famoso cassette que se llamó *Sí y qué*, en el que participaron varios grupos de la zona con temas de su autoría. Fue una serie de eventos muy gratificantes para la Zona Quinta; recuerdo muy bien cuando hicieron el famoso RaPaz: la idea de este festival era tener una serie de jornadas educativas para fortalecer las dotes artísticas de cada quien, y de recompensa nos llevaron a la emblemática banda Gotas de Rap, que era la más aclamada de Bogotá, por sus letras y porque había una mujer rapera, llamada Melissa, que era el referente más importante de la banda. De esta manera se empezó a fortalecer el rol de la mujer en los grupos de Rap de la localidad y, claro está, para mí reafirmar mi amor por hacer las cosas bien, no dejar mi rebeldía a un lado, buscar un mundo mejor desde la música y encontrar la manera de empoderar a otras mujeres.

Mucho más adelante empecé a escribir cosas un poco más personales: de lo que me pasaba en la calle, de cómo te ven

cuando llegas a un sitio y sientes la discriminación y a veces no puedes defenderte, de recordar a los tuyos, en este caso a mi mamá, que se murió cuando yo estaba muy niña; empecé a escribir para canalizar mucha energía acumulada, y este fue el resultado:

cuando dicen que entre más oscurece
mas rápido amanece
pero al son de la situación
la muerte entra haciendo su danza de inquisición...
yo parada en mi puerta viendo
cómo el pasillo se va convirtiendo
en un túnel lúgubre y frío.
(y a través de él una sombra entra
y se para a la cabecera de quien es su presa.
me abalanzo sobre ella
y con su mirada ingenua me dice Milena no temas.)

pero yo insisto la toco y no siente
pero yo insisto y ella no me entiende

pero yo insisto y una voz muy suave
déjala tranquila deja que descance.

cómo comprender sin dejar de amar
alguien que se fue y no vuelve jamás
cómo comprender sin dejar de amar
alguien que se fue y no vuelve jamás

pero yo insisto la toco y no siente
pero yo insisto y ella no me entiende
ya no hay alboroto todo está en silencio
solamente suenan los pasos de un hombre
que lleva en sus brazos lo que más ha amado
su mirada se fue apagando y sus fuerzas agotando
(no hubo llanto y ni un susurro en aquel cuarto
pues ella pasó de lo terrenal a lo espiritual)

cómo comprender sin dejar de amar
alguien que se fue y no vuelve jamás
cómo comprender sin dejar de amar
alguien que se fue y no vuelve jamás

pero yo insisto y una voz muy suave
déjala tranquila deja que descanse
solo me quedé con aquel llamado amado
solo dos chicos pensando en el desenlace

De ahí en adelante seguimos trabajando en grupo, buscando espacios donde pudiéramos tocar y darnos a conocer. Lastimosamente, muchos de los que estaban al inicio salieron por cuestiones personales; otros continuamos y en ese entonces entraron Lia Samantha y Morgue. Sacamos un CD llamado *Únicos desde el nacimiento*, que fue creado en colectivo y dio sus frutos como premio a nuestro esfuerzo en 1998. Siempre estuvimos en muchos sitios dándonos a conocer, de la mano de Freddy y Kasar, que eran los líderes de esa época.

Ya pasado el tiempo llegó mi hijo, Liuwen Joao, y tuve que afrontar más seria la maternidad y cuestionarme si seguir o dejarlo todo a un lado. Me tomé esta parte de mi vida un poco más personal: como mamá soltera después de una relación fallida, empecé a crear lealtad a mi música y nunca dejé de lado mis deberes; desde el primer día seguí trabajando hasta el minuto 90 de mi embarazo, y gracias a mi fortaleza y ejemplo muchas han seguido su lucha sin dejar de hacer Hip Hop. “Tú puedes logarlo”, era mi frase para muchas cuando decían “no puedo”, pero algunas lo dejaron de lado por tener el papel de mamás obedientes. ¡Yo no!

Entonces empecé a trabajar de lleno en Midras Queen, la artista en solitario. No fue fácil, pero también intenté con mi comadre, Lia Samantha, hacer un dúo, que en ese entonces se llamaba las Ex-clavas. Estábamos bajo la batuta de Freddy, y con

el tiempo creamos además algo con Cap, de Gotas de Rap. Sin embargo, por cuestiones de la maternidad un poco complicadas, no se pudo seguir trabajando; me dio tristeza dejarlo ahí, pero teníamos intereses diferentes y obligaciones que cumplir.

No obstante, yo seguía en pie con Midras Queen, así que decidí trabajar en solitario de una vez por todas. Al inicio fue complicado, porque una negra haciendo Rap sin apoyo de un hombre en tarima era un poco duro, pero no desfallecí, y allí donde me tocaba, cantaba con mi hijo de la mano.

Las letras de mis canciones son fuertes: hablan de cómo se sobrevive en un entorno hostil, donde manda el más fuerte, donde la mujer (negra) sola tiene poco valor, pero aun así se sigue, se pregunta uno “¿esto vale la pena?, ¿cuántas batallas he de ganar?”. “No hay que desfallecer”, me respondo.

El tiempo es bueno cuando las cosas se dan, y no me fue tan mal como creía; estuve en varios eventos con diferentes colectivos, y cuando llegó el momento de presentarme en la Media Torta, espacio de gran exigencia, fue mi prueba de fuego para darme cuenta de qué estaba hecha. No dejé atrás los procesos de Usme, pero siendo madre me tocaba buscar nuevos horizontes, y la verdad mi tiempo de estabilidad no daba tregua por las obligaciones.

Después llegó a mi vida un personaje llamado Carlitos Way, un chico de Estados Unidos que venía con la propuesta

de hacer un CD con raperos de Bogotá. Me sentí un poco angustiada porque en ese momento deseaba que fuera yo, pero, como decía, el Rap hecho por mujeres, y más solas, no tenía mucho que ofrecer. Las letras de otros grupos tenían más contenido de calle, armas o qué sé yo; cosas que al final no tenían relevancia para mí. Duré como más de tres meses tratando de que fuera yo la elegida, pero no lo encontraban tan atractivo, así que dejé de insistir, y aunque no fueron muchas veces, simplemente dije “shhh, si no es para mí, mejor dejo eso ahí”. Y no era la única que estaba detrás de ese sueño de tener un CD mezclado y masterizado en Estados Unidos.

La cuestión es que un día me habló: “Bueno, Midras, de tanto mirar grupos, tú eres la que más se apunta a lo que deseo. Vamos a trabajar”, ¡cuando no creía venir la cosa, ya! Pero, para mi sorpresa, era un compilado con varios artistas, “pero la que encabeza eres tú”, me dijo. Ahí fue donde me di garra de demostrar qué tan buena era; “llegó mi momento”, dije, y al final invité a más de treinta artistas amigos míos que vivían en Bogotá para que hicieran parte del compilado.

Todo esto con el apoyo de la Familia Ayara, que en ese entonces tenía su estudio de grabación manejado por Freddy Páez, quien ya sabía mucho de producción musical y en conjunto con Carlitos sacaron a flote mi producción musical llamada *Nadie habla mal de mí*, en 2009. Una de mis canciones más

importantes fue “Irreverente”, en la que trabajé en colaboración con ChocQuibTown, tanto en lo musical como en la grabación, en conjunto con Carlitos Way y Slow. Esta canción habla de cómo hacemos música con las adversidades y aun así trabajamos por lo nuestro, defendiendo a capa y espada nuestra cultura y nuestro país.

La Fundación Familia Ayara tenía como objetivo principal dar talleres de Rap, breakdance, graffiti, y no solo en nuestro centro cultural, sino también en establecimientos donde el Estado cobijaba a niños, niñas y adolescentes. Fue un éxito: éramos la organización en la que los jóvenes querían participar y a través de sus vivencias lo decían haciendo un tema, un baile o un dibujo.

Gracias a esta experiencia entendí el valor de no abandonar los sueños, porque éramos el referente para muchos. Mi CD no solo traía canciones, contenía un documental de Rap bogotano, gracias al cual pude organizar conciertos con varios amigos de la casa, presentarme en la Media Torta, en bares amantes del Rap y poder hacer parte de algunas franjas de televisión que me dieron a conocer como pionera del Hip Hop bogotano. Sin embargo, no todo fue color de rosa: pretendía cantar en un sitio donde por hacer Rap no me dejaron; su repuesta para esa época fue “lo siento pero es que tu jalas mucho ñero”... Desde ahí empezó mi desafío

de demostrar que el Rap es transformación social y que los adultos vieran mi propuesta como una alternativa didáctica. Empecé a hacer conciertos en colegios, y el hecho de poder interactuar en estos espacios me hizo regresar a mis inicios como artista formadora.

Por el buen trabajo con este CD conocí a gente excelente que aportó a mi crecimiento; gracias a mi talento vocal pude ayudarles en su proceso y seguí dándome a conocer en un nuevo concierto en la Media Torta, cantando mi repertorio. Ahí conocí al que ahora es mi amigo y productor, Leonardo Puentes. Fue una conexión chimbita porque le dijó a un amigo así: “Presénteme a esa negrita, canta una chimba”... Y bueno, me lo presentó, congeniamos de una y me dijó que trabajáramos juntos. Yo le dije que de una y me acuerdo tanto de que le pedí algo que para mí era de pronto difícil: “Quiero mi banda de Hip Hop”. Al otro día me llamó y me dijo “todo charlado”, y consolidé mi banda, que aún se mantiene, no con los mismos pero sí con su espíritu alegre.

irreverente

ram pam pam pam

ram pam pam pam

irreverente yo hago

respetar mi bandera

si la tocas, yo te doy
si la tocas vas
para fuera
ser colombiano se volvió
incierto y traer cosas
extranjeras tiene precio
lo natural no vale na
ni la mitad de la deuda externa
el enemigo ha llegado
con la neblina a su paso
robando ilusiones
de humildes creadores
tu proyecto de alto alcance
con la tropa ha llegado
corroes, depredas y yo te digo sí
¡pa fuera! ¡para la calle!

hay dudas y caras duras
varias versiones
todo radica en los valores
en la fortaleza el plagio
no me desconcierta, me enseña
cómo es la vuelta aquí
Midras Queen vota flow Joao en mí

es la fuerza necesaria para todo esto
no hay pretexto que valga
siembro para recoger y sacar ganancias
lo que perdí quedó atrás como experiencia
es ahora y siempre
mi hijo, mi esencia... mi hijo, mi esencia

Midras Queen
defendiendo mi bandera

ram pam pam pam
ram pam pam pam

Míralos, allá vienen los encapuchados
y degollan a los que no estén a su lado
pues nuestra dignidad, integridad
pendiente de unos dignos
caballeros y es verdad
y unos cuantos no sé tanto
vendiendo sus almas
pues ya no valen tanto

por una infame exportación
que el gobierno quiere

pero no sirve para mi nación
mientras tanto los caballeros
imponen su TLC
y los pequeños cultivadores
de fe pierden tú ya sabes qué

irreverente yo hago
respetar mi bandera
si la tocas, yo te doy
si la tocas vas
para afuera
ram pam pam pam
ram pam pam pam
ram pam pam pam
ram pam pam pam

Con este nuevo aprendizaje formé parte de algunos colectivos, hice algunos procesos con ellos, como hablar de dónde soy y hacer múltiples cosas en el entorno de Usme. Desde mi rol de ser maestra de muchos, verlos hacer lo que les gusta, en este caso Rap, me alegra. Me alegra que Usme, como territorio de vida e historia, siga siendo un paisaje de resistencia, y que los mejores salgan de allá, que no hayan dejado morir ese legado noventero, que muchos desde su arte hagan vida

y ayuden a otros a creer en lo suyo y a plasmarlo también en su vida cotidiana.

De un tiempo para acá se dio mi salida de Usme, pero no olvido de dónde soy, me reencuentro con muchos que me hacen sentir usmeña, y cada vez que puedo hablo de cómo llegué, de cómo seguí haciendo arte desde las montañas y su clima frío. Dejar Usme fue algo que a la larga, como toda historia, debe trascender, pero aun así no pierdo el contacto con algunos amigos de luchas como Thomas Lion y con otros que, por accidentes de la vida, terminaron en Usme, haciendo parte de procesos únicos y bonitos.

Yo con mi bandera de reivindicación hablo de mis luchas, hago incidencia en parches de mujeres que por su persistencia me ven como un ícono de resistencia afro.

LA NIÑA DEL BARRIO 12

Sandra Reyes

VIVÍA CERCA DE LA FAMOSA FRITANGUERÍA DE doña Segunda, en la plaza de mercado del 12 de Octubre, y aunque muchos me envidiaban por ello, nunca me gustaron tanto las vísceras, ni la rellena, ni las interminables filas que se hacían para comprarle a la pobre viejecita. Prefería los manjares dulces que comía con mi abuela en la frutería de la plaza cada vez que íbamos a mercar lo del almuerzo: el pudín con gelatina de mora y la cremita de limón eran una parada obligada.

Una vez, mientras saboreaba mi cremita de limón, el muchacho nuevo de la frutería me vio taparme los ojos mientras licuaba un coctel en el que el ingrediente principal era un cangrejo de los que reposaba en un acuario, al lado del envase de la crema de limón. Con una mirada un poco desafiante, me dijo que los cangrejos eran buenos para subir

la energía y la vitalidad. Le respondí que prefería las frutas, y aunque sonréí para no parecer descortés, su mirada fija me incomodó.

—En la Costa es lo que las mujeres les dan a los maridos para tener una buena noche de pasión —dijo. Miré a mi abuela, ella levantó sus cejas aprobando la afirmación del muchacho. Yo solo pude asentir con la cabeza mientras tomaba un gran sorbo de crema de limón, con la intención de terminar rápido ese momento que se volvía cada vez más incómodo. El muchacho entregó el batido de cangrejo al cliente que lo esperaba ansioso, limpió el mesón con una bayetilla roja y, mientras lo hacía, me observó por un momento y no tardó en soltar una pregunta inesperada:

—¿Tú eres la que canta en Barrios Unidos 2? ¿La que se subió a la estatua de Jorge Eliécer?

Antes de que pudiera responder, mi abuela, con la contundencia que la caracterizaba, respondió por mí:

—Sí, ella canta Rap.

Ese momento me transportó a los desencuentros que había tenido con mi abuela sobre mi música. Recordé cuando llegué a casa con una sudadera Path Farm que había comprado en San Andresito de la 38 con los ahorros de mis onces del colegio, y cómo ella, con severidad, me pidió vestirme “como una señorita”. También vinieron a mi mente sus críticas cada

vez que me escuchaba ensayar en mi habitación, asegurando que esa música era “de machos”. Y cómo olvidar el caos que desató mi canción “Guarichas”: para ella, era un insulto hacia las mujeres, mientras que yo buscaba reivindicar el significado ancestral de esa palabra. Según nuestros antepasados muyscas, las guarichas eran mujeres guerreras, pero durante la conquista española el término se tergiversó, convirtiéndose en lo que hoy muchos conciben como un insulto. Para mi abuela era inconcebible que yo proclamara con orgullo: “¡Soy Guaricha!”. Por eso, cuando la escuché decir con la cabeza en alto que yo cantaba Rap, entendí que algo estaba cambiando en su forma de pensar sobre mi música. Tal vez se había resignado a que su nieta fuera rapera, y creo que mantenía la esperanza de que mi carrera como profesora no me dejara morir de hambre. Pensé que quizás esa generación no estaba preparada para lo que nosotros traíamos y eso nos pondría una tarea importante: no solo deberíamos escuchar y aprender de ellos, sino también mostrarles con respeto y amor lo que no entienden de la época actual o ven distorsionado, quizás como a ellos no les tocó.

Entre ese momento de conmoción mental-emocional al que me llevó la respuesta certera y enorgullecida de mi abuela y un sorbo a la crema de limón, me devolví al presente, comprendí la mirada del muchacho y mucho más relajada le respondí:

—Sí, parcero, soy yo, hicimos ese tema con unos panas del barrio. Es un proyecto que se hace periódicamente con los pelados que le meten al Rap aquí en Barrios Unidos.

Asintiendo con su cabeza, mientras organizaba una canasta de guanábana, me respondió:

—¡Qué chimba! ¡Me gustó resto! Yo no sabía que usted era de aquí, ¿usted siempre ha vivido en este barrio?

—Sí, toda mi vida en la casa de mis abuelos y mi mamá, en el Gaitán, por eso me subí a la estatua —respondí con una sonrisa penosa, mientras alistaba la plata para pagarle.

—¿Y sumercé? —le preguntó a mi abuela.

—Yo llevo viviendo cuarenta años aquí, soy de Girardot, pero llegué a Las Cruces y, cuando me casé, me vine para este lado —respondió mi abuela, recibiendo la bolsita con el pudín y gelatina de mora para llevar.

Nuestra conversación se interrumpió cuando llegaron otras personas en busca de probar las ensaladas de frutas que en ese puesto hacían, así que nos despedimos del muchacho y continuamos nuestra travesía al interior de la plaza, en busca de los ingredientes del almuerzo.

Sin embargo, me quedé pensando en la llegada de mi abuela al barrio Las Cruces, que en ese entonces se perfilaba como un lugar productivo y próspero en el centro de la ciudad. Con la intención de escudriñar sus sentires hacia mi carrera

y entablar más conexiones entre ella y el Rap, aproveché ese contexto para conectar con ella; puse mi brazo rodeando sus hombros y le dije:

—Abue, ¿sabes que Las Cruces fueron la cuna del Rap en Bogotá?

Levantó sus cejas, abrió sus ojos y volteó su cabeza para verme con su rostro asombrado. Eso me emocionó y continué:

—Grandes grupos como La Etnnia y Gotas de Rap nacieron allí. En Gotas de Rap había una mujer que cantaba, se llamaba Melissa Contento; fue la primera mujer que se subió a un escenario a hacer Rap en Bogotá. Yo creo que soy la primera rapera de esta localidad y aunque no se trata de quién fue primera o segunda, se trata de lo que vamos dejando impregnado en la gente.

Mi abuela siempre fue una mujer muy obstinada y lejana de situaciones que no fueran propias de su casa, por eso me asombró su respuesta:

—Mija, como Evita Perón. ¿Usted sabe quién fue ella?

Claramente yo sabía la respuesta, pero negué con la cabeza porque me moría de ganas de escucharla hablar de Evita. Fue algo que nunca esperé.

—Fue la que promovió el voto de la mujer en Latinoamérica, cuando se pudo votar aquí en el 54 gracias a Rojas Pinilla, que, a propósito, también trajo la televisión a Colombia. Yo

salí a ejercer mi derecho al voto, fue la única vez que voté, y lo hice porque era un paso importante para nosotras las mujeres en Colombia, para que ustedes que son más inteligentes y le paran más bolas a eso puedan hacer sentir su voz para evitar injusticias. Lástima que eso fue a costa de golpes y mucha violencia para nosotras, pero eso cambió la historia, la historia de ustedes, las mujeres de ahora.

—¡Claro, abue! Yo quiero un día impactar así a la gente, al mundo, o por lo menos el mundo de alguien a través de la música —le respondí.

Eso me dio pie para contarle a mi abuela sobre mis experiencias en participación ciudadana y política, un terreno al que me había aventurado a explorar con entusiasmo y curiosidad siendo una adolescente. Le expliqué que hace años, junto a algunos amigos del barrio, había organizado el primer encuentro de hip hoppers de Barrios Unidos: un esfuerzo que surgió de la necesidad urgente de organizar al movimiento en nuestra localidad. Mientras localidades vecinas como Suba y Engativá ya contaban con festivales y escuelas propias, en la Zona 12, los artistas locales muchas veces se veían obligados a desplazarse a otros territorios para mostrar su talento y desarrollar sus carreras artísticas.

Así que, con los muchachos del barrio, creamos Z12Unida, una agrupación que nació con el propósito de unir a todos los

que practicaban el Hip Hop en Barrios Unidos. Queríamos construir algo más grande: festivales, redes de trabajo, escuelas para la formación artística y, sobre todo, un espacio donde el talento local pudiera crecer.

Recuerdo cómo entre los parceros de la agrupación nos organizamos para aportar dos lucas cada uno, para invertir el acumulado en pagar la cuenta de la cabina telefónica, donde llamábamos por celular a cada persona que conocíamos —y los nuevos que iban llegando a nuestra base de datos—, para invitarles a nuestras reuniones, diseñamos los *flyers* en PowerPoint, los imprimimos y sacamos fotocopias. Luego recorriamos los parques y colegios, distribuyéndolos con la esperanza de que cada hoja llegara a manos interesadas.

Sin embargo, había parches que pensaban diferente y tenían otros intereses. No todo fue sencillo, pero con el tiempo se sostuvo el CZ12 y se formó la mesa de graffiti, que hace un buen camello con los pelados del barrio. Yo decidí moverme para aprender mejor cómo fortalecer el Hip Hop.

—Y ahí dejé eso por un rato, abue. Luego, con los cinco que iniciamos Z12Unida, nos inscribimos en la Pedagógica para estudiar la Licenciatura en Artes Visuales. ¿Se acuerda, abue?

Mi abuela me miró con ternura, me tomó de gancho y caminamos juntas hacia el puesto de papa al que siempre iba. Mientras avanzábamos, me dijo:

—Jmm, mija, cuando usted estudió en esa universidad, no sabe la angustia que pasábamos con su mamá cada vez que había manifestaciones. ¡Lo peligrosa que se volvió con tantas revueltas! Yo me acuerdo cuando era el Instituto Pedagógico Nacional para Señoritas. Le decían el Palacio de la Avenida Chile. Era un lugar muy prestigioso, ubicado a las afueras de la ciudad. Lo pensaron como uno de esos colegios campesinos de ahora, pero era solo para mujeres. Allá las preparaban para ser profesoras: estudiaban, cocinaban, comían y dormían en el mismo lugar, como un internado. Luego lo dividieron: mandaron el colegio para la 127 y dejaron la universidad ahí. Ambos se volvieron mixtos, y bueno... todo cambió.

Con un gesto pícaro, levantó las cejas y, alzando un poco la voz, agregó:

—Por ejemplo, mire a estas dos niñas. A esa edad uno las mandaba para allá y les enseñaban de todo, ¡en lugar de estar revoloteando por ahí todo el día!

Se refería a las nietas de doña Mercedes, quienes corrían juguetonas alrededor del puesto de papas. Doña Mercedes, fiel proveedora de papa de mi abuela durante casi treinta años, atendía con la misma amabilidad de siempre.

Mientras mirábamos a las niñas reír y correr, mi abuela saludó a doña Mercedes y le hizo el habitual pedido para preparar su ajiaco: media libra de arracacha, una libra de papa

criolla, otra de papa sabanera, una más de papa pastusa, una libra de arveja y dos mazorcas. Después de hacer su pedido, continuó hablando con una sonrisa que denotaba nostalgia en su rostro:

—Eso de ser profesora a usted le gustó desde chiquita. Me acuerdo cuando estaba pequeñita como estas criaturas —dijo, señalando a las nietas de doña Mercedes. Continuó—. Recuerdo cuando llegaban sus primos a la casa, jugaban a que usted era la profesora y les enseñaba a colorear, hasta le hizo comprar a su mamá un tablero de tiza; ser profesora es una profesión muy bonita, mija, pero muy mal paga. Con lo pila que es usted, debió haber estudiado otra cosa, pero, bueno, salió igualita a su mamá y a su abuelo: terca como una mula.

Me reí, me causaba entre pena y gracia porque tenía razón, pero aun así, esa mujer cada día, con amor infinito y frío por la madrugada, se levantaba conmigo a las 4 a.m. para despedirme, cuando salía a trabajar de profe de artes y Rap en colegios de municipios de Cundinamarca.

—Sí, abue, la terquedad me ha llevado a hacer cosas que nunca creí que sería capaz de lograr, y yo sé que sumercé siempre me va a alistar el agüita y las onces cada que salgo a las travesías para llegar a los colegios con Cootradecun, ¿cierto?

Sonrió un poco, levantó sus cejas y negó con la cabeza como si ya supiera que era un caso perdido.

—¡Ah! Pues, de hecho, mi amiga Helena, mi jefe de Cootradecun, vive allí pasando la 72, en una casa que su abuelita, fundadora de esta plaza, hizo con sus propias manos. ¿Se acuerda de ella, abue? —le pregunté.

—Sí, la monita que viene en bicicleta a veces.

—¡Ella misma! Helena también es profe de la Pedagógica, de artes escénicas, y mire que con ella hicimos la Escuela de Cultura Política Jaime Garzón Forero, y ahorita está liderando la Cátedra Solidaria, en efecto, en Cootradecun, allá en la 57 con 17 por Las Palmas. ¿Se acuerda que sumercé me acompañaba a veces a retirar mi cheque y luego íbamos al Centro Comercial Galerías a cambiarlo?

—¡Ah! Sí, por esa avenida, ¿la 57? Que parece como de Estados Unidos, yo creo que se inspiraron en las películas gringas para hacerla, esas palmeras van desde el estadio El Campín ¿hasta dónde, mija? ¿Hasta su oficina o más allá?

—Van desde el estadio hasta la Caracas, abue, después de la oficina de Cootradecun.

—¿Ah, sí? A mí me parece que se ve muy lujoso, muy bonito y ahí es su oficina, como si trabajara en Miami. —Se rio y preguntó—: Pero, mija, ¿qué es lo que hace allá? Eso es una cooperativa de profesores, ¿no?

—Pues, abue, sí, es la cooperativa de muchos profes de Cundinamarca. Ahí trabaja Helena como directora de un

programa que se llama Cátedra Solidaria por la Paz, y ella me convoca a trabajar en su equipo: ahí soy profe; con los compañeros planeamos unas inmersiones hermosas para los chicos donde rompemos un poquito con lo que sumercé debe conocer como una clase del colegio.

Me reí un poco y le guiñé el ojo. Mi abuela hizo un gesto que me dio a entender que aunque no aprobara lo que fuera a decir, tampoco esperaba algo diferente de mí, así que continué mi relato:

—No, pero abue, en serio, nosotros jugamos con los pelados, les abrimos las puertas para que puedan expresarse, hacemos huertas, hacemos deportes, hacemos arte, hacemos Rap y grafitis y, sobre todo, a través de todas esas cosas y otras, les hablamos de paz, del respeto, de la solidaridad, del cuidado, de que otras formas son posibles, que son muy capaces y muy importantes para el mundo. Es que, abue, en todos los colegios a los que he ido me he encontrado con historias tremendas: hay muchos chicos que necesitan ser escuchados, necesitan entender otras perspectivas más amables para la vida. Ya me hubiera gustado a mí cuando estaba en el colegio que hubiera llegado un grupo como el de la Cátedra a enseñarme de eso, porque el Hip Hop en mi adolescencia fue trascendental para la construcción de mi vida, abue; yo sé que sumercé sabe. Ahora imagínese que yo lo puedo ir a hacer para todos estos

chicos, y es que sumercé viera a los niños: cuando me ven, me muestran los grafitis en sus cuadernos, me muestran sus canciones y sus bailes, se emocionan al ver cuando llegamos, y estoy segura de que les hemos dejado unas buenas semillitas.

Observé a mi abuela concentrada en mi relato y me percaté de que no era la única: doña Mercedes, con todo el pedido empacado, guardaba silencio y me observaba. Bajé la mirada y su nieta estaba acurrucada entre unas canastillas y dos bultos de papa pastusa; me quedé viéndola y ella respondió, tapando su boca con su mano, como una invitación a ser su cómplice y guardar en silencio el secreto de su escondite; veía sus ojos sonreír mientras vigilaba que no viniera su hermana, y me vinieron recuerdos de la infancia acuñados también en las palabras de mi abuela, y me dejé ir.

Me veía ahí, jugando con mis primos a las escondidas, tingo tango, haciendo bailes y obras, pretendiendo ser la profesora. Guardaba dibujos para enseñarles a difuminar colores y escribir su nombre con letra Timoteo, útil para marcar los cuadernos. Luego llegó el Hip Hop y esa letra se volvió *tag*; los cuadernos dejaron de ser del colegio y se llenaron de piezas en *wild style*; firmas, flechas y estilos que ya no hablaban de juegos sino de identidad y movimiento. Sin saberlo, ellos habían sido mis primeros “alumnos”, como vaticinio de un par de cientos en el futuro. Esos principios fueron los que

me impulsaron a compartir y enseñar, con la misma pasión con la que hacía mis primeras rimas.

Volví al momento cuando mi abuela sacudió sus talegas y fuerte le preguntó a doña Mercedes:

—¿Cuánto es, vecina?

Medio sonrojada por el despiste, estiré los brazos para recibirle el pedido de papa a doña Mercedes, quien apresurada contestó:

—Son \$ 15.000. —Se volteó rápido, recogió de su mesita de pesaje el pedido de papas, volteó de nuevo con una sonrisa, y agregó—: Yo no sabía que su nieta, además de cantar, era profesora, doña Gloria. Mi hijo también se graduó de la Pedagógica, a mí me gustó que estudiara allá. Es profesor de sociales y enseña en un colegio en Bosa; cada noche llega con unas historias que ni para qué leuento.

—Sí, de la Piedragógica salen muy bien preparados —respondió mi abuela con una risita que denotaba las tardes de angustia que le había hecho pasar cada que anuncianaban por noticias algún tropel en la Pedagógica y yo no llegaba a casa.

Mientras alistaba el dinero para pagarle y arreglaba el pedido en las talegas que siempre llevaba mi abuela, les comenté:

—La verdad creo que es una vocación que descubrí desde pequeña; no me imaginé que me fuera a dedicar a lo que jugaba de niña. Cuando entré a la Pedagógica, no estaba segura,

pero el tiempo luego me dio la razón: yo entré a estudiar artes visuales porque para estudiar música ahí ya debía saber de música, tocar instrumentos y leer partituras, y yo no sabía, entonces pensé en algo que pudiera complementar el Rap, y, pues, bueno, me decidí por las artes visuales, porque el Rap lo iba a aprender afuera, en la calle, en los estudios que me encontrara en el camino, y lo visual siempre iba a estar ahí, en la ropa, en la puesta en escena, en los videoclips, en las fotos y en las portadas de los discos, y, pues, bueno, quería aprender de eso también, pero no sabía que me encontraría con el gran aditamento que traería la pedagogía para mi carrera: le dio orden, aprendí a leer, a escribir, a pensar y sobre todo a valorar la importancia de cómo compartir el conocimiento, porque una cosa es saber y otra muy distinta es enseñar el saber.

Con las talegas ya cargadas, nos despedimos de doña Mercedes. Mi abuela, con ese paso firme que solo tienen las mujeres que han caminado la vida sin pedir permiso, me dijo:

—Vamos por las guascas antes de que se acaben.

Nos dirigimos al rincón de la plaza donde vendían las hierbas aromáticas, ese que siempre olía a monte fresco, a eucalipto, a limpia espiritual. La señora del puesto ya conocía a mi abuela, así que con un tono muy amable le dijo:

—Doña Gloria, por lo que vi que le compró a doña Mercedes, va a hacer su famoso ajíaco hoy. Ya le empacó las guascas.

Empezó a empacar un puñadito de guascas frescas envueltas en papel periódico, pero mi abuela no se detuvo ahí.

—¡Sí, señora! Pero me hace el favor y me da también ruda y sal marina —respondió mi abuela con voz clara, y luego se dirigió a mí—: es que su mamá me encargó para trapear el local: como allá entra tanta gente, mejor se le hace una buena limpia, pa sacar las malas energías.

Yo asentí en silencio, reconociendo ese instinto sabio que tienen las abuelas y madres para leer lo invisible. Siempre me había parecido un gesto de cuidado que trascendía lo físico. Trapear con sal marina y ruda era la manera de poner en orden el mundo, de proteger lo sagrado.

Mientras la señora alistaba las hierbas, recordé que uno de los primeros colegios en los que trabajé con Cootradecun fue el Tomás Carrasquilla; allí conocí a dos gemelos, con una energía que desbordaba cualquier aula y que más adelante usaron para crear el parche de Bogorap. Ellos eran puro ritmo, pero también puro pensamiento y siempre buscaban la manera de resaltar el Hip Hop. Sus rimas y acciones eran más que juegos: eran manifiestos adolescentes llenos de preguntas sin miedo.

Las clases que dimos allí fueron maravillosas. Todos los peñados escribían con hambre de decir, de ser escuchados. Yo

solo les brindé herramientas y ellos hicieron obras increíbles. Luego la escuela de cultura política se transformó en cátedra y el proceso con el Tomás Carrasquilla terminó. Al pasar de los años volví a escuchar de Bogorap, estos chicos habían llevado su trabajo y compromiso con el Hip Hop a otro nivel luego del colegio: muy juiciosos crearon un espacio para el freestyle, que puso a Barrios Unidos en el mapa de la escena freestylera de Bogotá. Ya no eran encuentros sueltos como los que se hacían antes en las rampas del Modelo, sino verdaderas batallas con sentido comunitario y propósito artístico.

Con ellos impulsamos varios proyectos, entre ellos el primer compilado de Hip Hop de Barrios Unidos, pero algo que me encantaba es que en las batallas de freestyle siempre había un espacio para presentaciones artísticas de todo tipo. Allí solían presentarse raperos, claro, pero en ocasiones también se presentaban chicos del barrio con performances teatrales, danza contemporánea y bailes folclóricos y urbanos. La mezcla era poderosa. Dejábamos claro que el Hip Hop es un lenguaje, sí, pero también es un puente.

Me conmovía ver cómo esos gemelos, que empezaron siendo estudiantes, se volvieron líderes culturales. Ya no me veían como su profe, sino como parte del parche. Esa era la verdadera victoria: que el arte no se quedara en el aula, sino que se convirtiera en camino.

Mi abuela, que parecía escuchar no solo mis palabras, sino todo lo que no decía, me observó de reojo y sentenció:

—Usted debería ser como María Cano.

—¿María Cano? —pregunté, haciéndole creer que no sabía de quién se trataba.

Ella me miró como quien ve en otra persona el reflejo de una historia que aún no ha sido escrita. Con esa mezcla de ternura y contundencia que solo las abuelas tienen, me respondió:

—Sí, mija. María Cano fue una mujer valiente, una líder de verdad, de esas que se paran frente a un pueblo y lo hacen pensar, lo hacen pelear por lo justo. Le decían la Flor del Trabajo; fue la primera mujer líder política en Colombia, y luchó por los derechos de los obreros, de las mujeres... de todos los que nadie escuchaba.

Yo la miraba en silencio, como quien deja que las palabras se hundan en el pecho, confiando en que un día brotarán en forma de fuerza, como flores nacidas del recuerdo.

—Ella no cantaba Rap, pero hacía lo mismo que usted hace cuando se para frente a esos muchachos y les dice que su historia importa. Lo mismo que hace cuando defiende a las mujeres que quieren vivir su arte sin que nadie las calle. María Cano no tuvo miedo, mija. Y usted tampoco lo debe tener.

Me quedé conmovida, como si algo se hubiera acomodado dentro de mí, en un lugar que hasta entonces no conocía. Ese

instante no era cualquiera: era una raíz sembrada en mi memoria, un presagio amoroso pronunciado por la mujer que me enseñó a entender el mundo desde lo esencial.

—Vamos por la crema de leche —me dijo después, como si nada.

Ya para entonces nuestro mercado iba tomando forma de almuerzo. En el puesto de lácteos compramos la crema de leche y, al frente, para una ensaladita, compramos tomates y espinacas con las hojas verdes y enteras. Mi abuela revisó con sus manos curtidas cada una de las hojas antes de aceptarlas. Mientras tanto, yo aún saboreaba sus palabras, dejando que lo sagrado se disolviera por dentro. Había en su voz algo que me acompañó después con una latencia suave en la memoria, como una promesa que se enreda en el alma y se queda ahí, esperando su momento.

Caminamos rumbo a la salida de la plaza, hacia el puesto de los aguacates. Era de un señor bajito y conversador, con un toldo que siempre estaba lleno de risas. Al llegar, mi abuela escogió tres aguacates con ojo experto, los tocó con el pulgar y dijo:

—Estos están para hoy.

Mientras él los envolvía, me apoyé levemente en la baranda de hierro que marcaba la salida del mercado. Vi el bullicio, los colores, las bolsas cargadas, las voces que se cruzaban...

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que ese lugar tenía algo mágico.

No era solo una plaza de mercado, era un nodo de historias ancestrales, era un lugar donde las generaciones se tocan sin decirlo. Y ese día, entre guascas y aguacates, entre el Rap que me habita y las hierbas que ella bendecía, mi abuela me dejó algo que no se ve, pero se siente, una especie de confianza que se hereda. No era una comparación, era un augurio. Ella me estaba diciendo: Puedes serlo. Ya estás siendo. Me dijo con los ojos lo que las palabras apenas rozaron: que lo que soy ya tiene historia.

Caminamos fuera de la plaza con las talegas llenas, pero lo que más pesaba no era la carga en los brazos sino en el pecho. Un peso dulce, de esos que no duelen, sino que te hacen más fuerte.

Miré hacia atrás antes de cruzar la calle. El puesto de los aguacates, la frutería, la señora de las hierbas, la papera de mi abuela, todos seguían en su lugar, como si el tiempo no les pasara. Y supe que esa plaza —ese día— estaba sellando algo importante.

Un puente. Una herencia.

Mientras pasábamos la calle, rumbo a casa, mi abuela, con esa voz suya que siempre guarda certezas bajo sus cabellos de plata, como quien lanza algo al viento sabiendo que aterrizará donde debe, dijo:

—Usted está hecha para dejar huella, mijita. Pero no de esas que se borran con los años, sino de las que se quedan en la memoria de la gente. Lo suyo no es hacer ruido, es dejar eco. Y hay caminos que no se siguen, se abren. Lo suyo se va a sentir... aunque usted no se dé cuenta todavía.

Sentí un nudo en la garganta. No quise hablar, porque cualquier palabra habría interrumpido la magia de ese conjuro que me lanzaba sin velas ni rezos, solo con su voz de mujer sabia, y continuó:

—Mijita... a veces uno no elige lo que va a ser en esta vida. A veces la vida lo elige a uno, y toca tener carácter pa sostener ese destino. No todas están hechas pa levantar la voz con firmeza, pa hablar sin miedo. Pero usted sí. Yo la he visto. La escucho.

Ese momento se sintió como si el tiempo se hubiera detenido, como si el ruido de la plaza, los pasos, los pregones, se apagaran para dejar solo su voz como eco sagrado.

Justo cuando creí que nada podía interrumpir ese momento de iluminación, mi abuela se frenó en seco, puso cara de espanto y soltó, con voz fuerte:

—¡Uy no, mijita! ¡Se nos olvidó el pollo!

Nos quedamos mirándonos. Yo con los ojos aguados, ella con cara de tragedia doméstica.

—¿Y ahora qué? —pregunté entre risas contenidas.

—¡Pues que sin pollo no hay ajiaco, carajo! ¡Todo eso que llevamos y ni un huesito! —dijo, girando sobre sus talones como si fuera a desandar toda la plaza.

Nos miramos y soltamos una risa tan grande que rompió el momento, como quien estalla una burbuja antes de que se vuelva lágrima. Fue de esas risas que sueltan el alma y la regresan al cuerpo, como si barriera el exceso de emoción y dejara solo lo esencial. Así era ella: capaz de decirte algo que cambia tu vida y al segundo olvidarse del pollo. Entre palabras que te marcan y olvidos que te humanizan. Como el ajiaco sin pollo: no es lo mismo, se deja comer, pero no consuela. Como las verdaderas revoluciones, que también saben cuándo reírse.

Y ahí, sonriendo juntas mientras nos devolvíamos entre vendedores y puestos, entendí que lo verdaderamente valioso de ese día no estaba solo en las palabras que me había dicho, sino en todo lo que habíamos compartido: su memoria entrecortada, su terquedad amorosa, su forma de nombrar lo que ve en mí sin alardes. Como si cada verdura, cada papa, cada historia y hasta el olvido del pollo hubieran sido parte de un tejido secreto que nos unía más allá del tiempo. Como una ceremonia silenciosa, una lección tejida con gestos, silencios y palabras que solo una abuela puede pronunciar con tanta verdad. No era solo lo que me había dicho, sino cómo me lo

había mostrado: en su mirada firme, en su ternura tosca, en su manera de escuchar y dejarme hablar.

Mientras volvíamos al puesto de carnes, sacudiendo un poco las talegas, la escuché refunfuñar con media sonrisa:

—Yo sí estoy mal... tanto cuento, tanto liderazgo... y se me olvidó el pollo.

—No importa, abue —le dije, sonriendo—. Usted hoy me dio algo que dura mucho más que un almuerzo.

Ella se rio. Y con esa risa me reafirmó todo lo que ya había sembrado en mí durante el día.

Porque el amor también es una forma de resistencia. Y el humor, una trinchera poderosa.

Caminamos despacio entre los puestos de frutas y verduras, como si el día nos diera permiso para quedarnos un poco más. Y fue en ese tramo final, con las talegas pesadas, el corazón liviano y el murmullo de la plaza como banda sonora, que comprendí algo que no había podido nombrar antes.

La Niña del Barrio 12 no solo es una niña que corre entre plazas y andenes, ni una mujer que rapea frente a un micrófono.

No es un recuerdo ni un apodo. Es una forma de estar en el mundo.

Es quien crece con los bolsillos llenos de historias y la voz llena de ritmo.

Es la que transforma lo común en testimonio, lo difícil en palabra, lo invisible en canción.

Es una manera de habitar el mundo: con la mirada despierta, la voz firme y el corazón abierto.

Es quien convierte lo corriente en resistencia, lo aprendido en puente, lo vivido en palabra.

La que sabe que venir del barrio no es una carga sino la raíz.

Y que el Rap no es solo música, es identidad, es palabra digna, es declaración de existencia.

Ese día entendí que era esa niña. Que cada paso que doy la honra, la continúa, la escribe.

Ser rapera, ser profe, ser nieta, ser mujer... también es eso: caminar entre lo épico y lo cotidiano sin perderse.

Y si tengo suerte, como dijo mi abuela, dejaré una huella que no borre la lluvia y, más importante aún, haré que los demás recuerden que también pueden dejar la suya.

Y si no lo logro, al menos sabré que lo intenté con todo el corazón.

Desde la plaza. Desde el barrio. Desde el amor. Desde el Rap.

REALIDAD A GOLPES

El Alfarero

LAS CALLES DE BOGOTÁ SIEMPRE HAN SIDO MI inspiración y mi escenario. No importa cuántos *beats* produzca o cuántas rimas escriba, la esencia de mi música siempre está en lo que vivo aquí. Diego y Giuseppe son parte de esa historia. Los conocí hace años, cuando todavía no llevaban la calle en la piel.

Crecí en La Igualdad, un barrio que lleva bien su nombre. Allí, el arte no era un lujo, era una necesidad. Entre las paredes llenas de grafitis y las esquinas donde el Rap resonaba en parlantes improvisados, aprendí lo que significaba contar historias. En cada verso, en cada rima, había un pedazo de nosotros, de nuestra lucha, de nuestros sueños. Era una cuna de artistas, especialmente raperos, y yo, El Alfarero, era uno más en esa cantera de voces que buscaban transformar el barrio de la vida en algo significativo.

La Igualdad quedaba junto a La Floresta Sur, un barrio de contrastes donde las rejas del parque encerraban historias que muchos preferían no mirar. Fue allí donde conocí a Giuseppe y Diego. Diego era un soñador empedernido, con un amor profundo por el Rap. Su talento para improvisar siempre me impresionó. Cada vez que nos veíamos, terminábamos armando rimas, como si el mundo fuera un gran *cypher* esperando ser conquistado.

Diego, o Chatarra, como lo llamaban en la calle, era reciclador. Desde su carreta recorría lugares que otros solo veían desde la ventanilla de un bus. Conocía el bullicio del barrio Marsella, entre la avenida de las Américas con Boyacá y las Américas con 68, donde las calles amplias se llenaban de vendedores ambulantes y transeúntes apresurados. Sabía qué callejones en el centro eran seguros y cuáles escondían amenazas.

Diego siempre tenía algo que decirme, alguna frase ingeniosa o un apodo nuevo para mí. Pero el que más usaba era ese: el legendario Alfarero.

“Óscar, tú tienes la habilidad de moldear palabras y hacer que cuenten historias, hermano. Por eso eres El Alfarero”, me decía con una sonrisa que no se rendía, incluso cuando su realidad pesaba demasiado.

Una noche, mientras conversábamos, Diego dejó caer una de sus ideas habituales, esas que al principio parecían

una locura, pero que siempre tenían un fondo real: “Deberías venir conmigo una noche, Alfarero. Reciclar conmigo, ver lo que veo, oler lo que huelo. Así entenderías de verdad lo que es mi vida y podrías escribir algo auténtico, algo que salga del alma”.

Me quedé en silencio unos segundos, procesando lo que acababa de decir. Tenía razón. Sabía que yo escribía desde el corazón, pero también sabía que había cosas que no podía entender desde la comodidad de mi realidad.

“Tal vez lo haga, Diego”, le respondí finalmente. “Pero si lo hago, prometo que esa canción será tuya. Contará tu historia, como tú la cuentas”.

Sus ojos brillaron con entusiasmo y, por un momento, la tristeza que a veces los opacaba desapareció. “Eso quiero, Alfarero. Que el mundo escuche lo que tengo que decir”.

No sabía cuándo lo haría, pero una cosa era segura: Diego tenía un alma llena de versos y yo quería ser el puente que los llevara a donde merecían estar.

Mientras Diego soñaba con transformar su vida en rimas, Giuseppe vivía otra realidad. Creció en La Floresta Sur, un barrio que alguna vez fue tranquilo, con casas modestas y calles llenas de vida familiar. Desde pequeño, amaba el fútbol, especialmente a su equipo: Millonarios. Cada fin de semana, los estadios El Campín o Techo se convertían en su refugio, entre cánticos y banderas. En ese ambiente encontró una

sensación de pertenencia que lo hacía sentir invencible, pero esa pasión también lo llevó a las barras bravas y, con ellas, al mundo de las drogas.

En una de esas tardes de estadio, Giuseppe probó su primer pase de cocaína, algo que al principio parecía inofensivo, pero que rápidamente se convirtió en una costumbre. Con el tiempo, las drogas lo llevaron a perderlo todo: su familia, sus sueños y su vida en casa. Para sobrevivir, comenzó a vender bazuco en los barrios Galán, Castilla y Carvajal, territorios que conocía tan bien como Diego conocía las rutas de reciclaje.

A pesar de todo, Giuseppe no se veía como un villano. Su adicción era una forma de escapar y la venta de drogas, una manera de mantenerse a flote. Pasaba la mayor parte del tiempo en el parque de La Floresta Sur, donde también se cruzó con Diego. Entre los tres, formamos una amistad extraña, tejida por la necesidad, las historias compartidas y la música.

Giuseppe tenía un hermano, Omar, quien también vivía en La Floresta Sur, aunque su vida era completamente distinta. Omar trabajaba como chef en un restaurante de la Zona Rosa, cerca de la calle 85 con 15. Desde esa cumbre de elegancia y éxito, Omar intentó muchas veces tenderle la mano a Giuseppe, pero este, consumido por la vergüenza y la adicción, siempre la rechazaba.

“Ese parque te está matando, Giuseppe. Sal de ahí, ven conmigo”, le había dicho Omar una noche. Pero Giuseppe solo bajó la cabeza, incapaz de mirar a su hermano. La distancia entre ellos creció con el tiempo, hasta que Omar dejó de buscarlo. En las noches más frías, Giuseppe recordaba el aroma de los platos que su hermano preparaba y se preguntaba si alguna vez podría encontrar la fuerza para recuperar lo que había perdido.

Mientras Omar cocinaba para comensales en un mundo de luces y cristales, Diego recorría Bogotá, empujando su carreta entre barrios como Marsella y el centro. Y yo, desde La Igualdad, intentaba entender las historias de mis amigos, convertirlas en versos que no solo narraran el dolor, sino también la esperanza.

EL ENCUENTRO CON CHATARRA

Era una tarde fría en Bogotá, de esas que parecen que el cielo lleva días llorando y el viento corta como navajas. Estaba afuera de mi estudio en La Floresta Sur, encendiendo un cigarrillo, cuando lo vi venir. Diego, o Chatarra, como lo llamaban en la calle, arrastraba los pies como quien carga más que su propio peso. Su figura era inconfundible: alto, delgado, con la chaqueta vieja que siempre llevaba y que parecía haber sobrevivido más guerras de las que cualquiera podía contar.

—¡Alfarero! —gritó, levantando la mano con esfuerzo, mientras me daba una sonrisa que intentaba ocultar su agotamiento.

—¡Diego! —le respondí, sorprendido de verlo por aquí. Siempre nos topábamos en lugares más neutros, pero verlo frente a mi estudio era raro. Cuando se acercó, noté que algo no andaba bien. Tenía una venda improvisada en el brazo izquierdo y su caminar era más lento de lo habitual.

—¿Qué te pasó, hermano? —le pregunté, apagando el cigarrillo para prestarle toda mi atención.

Diego se dejó caer en el andén frente al estudio, como si el peso de su cuerpo fuera demasiado para sus piernas. Respiró hondo antes de responder, mientras sus ojos miraban a lo lejos, como recordando algo que preferiría olvidar.

—Uf, Alfarero, qué día tan hijuep... —empezó, riendo nerviosamente, pero el dolor en su rostro hablaba por sí solo. Después de un momento de silencio, me miró y dijo—: mejor te cuento lo que me pasó.

LA ANÉCDOTA DE DIEGO

Todo comenzó en el centro, cerca de la Plaza España. Diego había pasado la mañana recorriendo los alrededores, como siempre, recogiendo cartón, botellas y cualquier cosa que pudiera vender para sobrevivir. Su carrito de reciclaje estaba

lleno; había sido una buena jornada, o al menos eso pensó hasta que todo cambió.

—Estaba por la Plazoleta de los Mártires, ¿sabes dónde es? —me preguntó y asentí. Era un lugar complicado, un punto de encuentro para muchos habitantes de calle, pero también para problemas.

—Pues ahí estaba, Alfarero, tranquilo con mi carrito, cuando llegaron unos manes... —siguió, haciendo una pausa para apretar los puños—. Eran tres, también recicladores, pero ya sabes cómo es la vuelta en la calle, la gente pelea por nada. Uno de ellos, un man al que le dicen el Chamo, empezó a decirme que estaba invadiendo su zona.

Diego me contó que trató de evitar el conflicto, que incluso ofreció compartir lo que había recolectado, pero ellos no estaban interesados en negociar. Uno de ellos se abalanzó sobre él, y lo siguiente que recordó fue estar en el suelo, con un corte en el brazo y viendo cómo se llevaban su carrito con todo lo que había recogido.

—Me dejaron tirado ahí, hermano, sangrando y sin nada. Pensé que hasta ahí había llegado —dijo, bajando la mirada mientras se acariciaba el brazo vendado—. Pero no me iba a quedar ahí esperando morirme, así que me levanté como pude y fui a buscar ayuda.

Lo siguiente que hizo fue caminar hasta el Hospital Santa Clara, cerca de la estación de Transmilenio de La Hortúa, sobre la avenida Caracas.

—Eso fue otro infierno —me dijo, con una sonrisa amarga—. Llegué todo ensangrentado y apenas me miraron raro. La gente en la sala de espera se hacía a un lado como si yo fuera un monstruo.

El hospital estaba lleno y Diego tuvo que esperar más de lo que su cuerpo podía soportar. Aun así, finalmente lo atendieron. Los médicos no fueron amables, pero al menos le limpiaron la herida, le pusieron unos puntos y le dieron algo para el dolor.

—No es que uno espere que lo traten como un rey, ¿me entiendes? —dijo, mirando al suelo—. Pero, hermano, a veces duele más la forma en que te miran que las heridas mismas.

EL CAMINO DE REGRESO

Después de salir del hospital, Diego sabía que no podía quedarse ahí. La calle no espera a nadie y su carrito, su herramienta de trabajo, ya no estaba. Decidió volver a La Floresta Sur, a la casa de su familia, aunque sabía que allí tampoco lo recibirían con los brazos abiertos.

—No tenía un peso para el bus, Alfarero, y con esta pinta, ¿quién me iba a llevar? —me dijo, señalando su ropa sucia y su herida vendada.

Así que empezó a caminar. Desde el hospital, tomó rumbo hacia el sur por la avenida Caracas, pasando por el barrio Restrepo. Cada paso le dolía, pero no tenía otra opción.

—Ahí en el Restrepo me tocó esquivar a unos tombos que estaban haciendo redadas. Ya sabes cómo es: ven a alguien como yo y de una quieren llevarlo, como si uno fuera un criminal solo por estar en la calle.

Siguió caminando hasta llegar a la Caracas con 22, donde tomó dirección hacia la avenida Primero de Mayo. En ese punto, las fuerzas empezaron a flaquearle.

—Hermano, te juro que pensé que no llegaba. Pero ahí, en el Sena de la 30 con Primero de Mayo, unos pelados que estaban repartiendo comida me ayudaron. Me dieron un sándwich y un jugo. Nunca había probado algo tan rico en mi vida, Alfarero.

Con esa pequeña ayuda, Diego siguió su camino, caminando por la Primero de Mayo hasta llegar a la avenida 68.

—Cuando vi el barrio, sentí que estaba llegando al paraíso —me dijo, riendo suavemente—. Pero igual, Alfarero, uno vuelve, y la vida no es más fácil solo porque estés en casa.

DE VUELTA EN CASA

Finalmente, Diego llegó a la casa de su familia en La Floresta Sur. Su madre lo recibió, como siempre, con un amor que nunca desaparecía, pero también con la tristeza en los ojos de quien sabe que su hijo está luchando una batalla que no puede ganar solo.

—No me dejaron quedarme mucho tiempo, ya sabes cómo es —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero al menos pude descansar un rato, limpiar la herida y pensar en lo que iba a hacer después.

Diego levantó la mirada y me miró directamente a los ojos.

—Y ahora estoy aquí, Alfarero. Vivo para contarla, pero a veces no sé si vale la pena.

No supe qué decirle. Las palabras se me atoraron en la garganta, porque ¿qué le dices a alguien que ha pasado por tanto y sigue adelante solo por pura terquedad?

—Diego, hermano... —empecé, pero él me interrumpió con una sonrisa.

—Tranquilo, Alfarero. No estoy muerto todavía.

Me quedé en silencio, sintiendo el peso de su historia, y entendí algo: Diego no necesitaba que yo lo salvara. Solo necesitaba que alguien lo escuchara, que alguien supiera que su lucha no era invisible.

Esa tarde, sentado frente a mi estudio, prometí que algún día su historia sería parte de mi música, de mis rimas. Porque Diego, con su fuerza y su dolor, tenía más para decirle al mundo de lo que cualquiera podría imaginar.

GIUSEPPE Y EL CONFLICTO DEL GALÁN

Eran casi las siete de la noche cuando Giuseppe llegó a mi estudio en La Floresta Sur. La puerta estaba entreabierta y yo estaba dentro ajustando unos niveles en el equipo de grabación. Escuché su voz antes de verlo entrar.

—¡Alfarero! ¿Se puede?

Lo miré desde mi asiento, levantando la mano a modo de saludo. Su figura se recortaba contra la luz de la calle, delgado, vestido con la chaqueta deportiva que siempre llevaba, y con una expresión tensa en el rostro. Algo había pasado, lo podía ver en la forma en que movía las manos, nervioso, como si estuviera tratando de contenerse.

—Claro, hermano. Pasa, ¿todo bien? —le dije, aunque sabía que no era así.

Giuseppe cerró la puerta detrás de él y se dejó caer en el viejo sofá al fondo del estudio. Se llevó las manos al rostro, suspiró profundamente y me miró.

—No, Alfarero, las cosas están jodidas.

—¿Qué pasó? —le pregunté, acercándome.

Él se enderezó, apoyó los codos en las rodillas y comenzó a hablar.

EL PROBLEMA EN EL GALÁN

—Todo comenzó hace unos días, ¿sabes? En el barrio Galán, frente a La Floresta Sur, cruzando la 68, por donde pasa el caño de la Tercera. Ese lugar siempre ha sido problemático, pero ahora la cosa está más pesada que nunca.

Giuseppe me explicó que un grupo nuevo, unos tipos que controlaban la venta de droga en el Galán, había comenzado a intentar meterse en La Floresta Sur. Querían adueñarse de la olla y desplazar a los muchachos que llevaban años manejando el negocio en la zona.

—El Galán siempre ha tenido su propio movimiento, pero esos manes no se conforman con lo suyo. Ahora quieren cruzar al otro lado de la 68 y adueñarse de lo que no les pertenece. Y los pelados de La Floresta no lo van a permitir, hermano.

El tono de su voz era grave, lleno de preocupación. Sabía que ese tipo de disputas casi nunca terminaban bien.

—El problema es que la venta en La Floresta es muy buena, ¿me entiendes? —continuó Giuseppe—. Es un punto clave. Aquí llegan de todos lados, y la gente sabe que puede

conseguir lo que busca sin meterse tan al fondo de la ciudad. Por eso estos tipos quieren meterse, porque saben que es una mina de oro.

LA PRESIÓN EN LAS CALLES

Giuseppe me contó que el ambiente en el barrio estaba pesado. Las tensiones entre los dos grupos iban en aumento, y aunque aún no había estallado una guerra abierta, era solo cuestión de tiempo.

—Los pelados de acá no son santos, pero este barrio es su casa, y no van a dejar que nadie venga a quitarles lo que es suyo.

Le pregunté si él estaba involucrado directamente en el conflicto y negó con la cabeza.

—No, Alfarero, yo ya no vendo aquí. Ahora me muevo por El Amparo y María Paz, por las Américas con Cali. Esa zona es un caos, pero también es más tranquila para mí.

LA RUTA DE GIUSEPPE

Giuseppe comenzó a contarme cómo había terminado trabajando en esa parte de la ciudad. Me explicó que en María Paz y El Amparo, cerca de las Américas con Cali, había encontrado un nuevo grupo con el que se entendía bien.

—Son barras de Millos, como yo. Al principio hubo desconfianza, ya sabes cómo es, pero luego hicimos empatía. Esos manes son serios y mientras no te metas con ellos, todo bien.

Sin embargo, llegar a esa zona no era sencillo. Giuseppe tenía que atravesar un contraste increíble de paisajes urbanos para llegar a su destino.

—Salgo de aquí y cruzo por barrios bonitos, como Américas Occidental o Mandalay, por las Américas con Boyacá. Todo organizado, casas lindas, parques cuidados. Pero luego, apenas cruzo un par de calles más y estoy en otro mundo.

Giuseppe describió cómo el ambiente cambiaba drásticamente al llegar a María Paz y a El Amparo.

—Es como si la ciudad se olvidara de esos lugares, ¿sabes? Calles llenas de huecos, basura por todos lados, y nadie hace nada. Pero ahí es donde está la gente con la que trabajo ahora.

A veces iba en bicicleta, otras caminando, pero siempre con la sensación de estar cruzando fronteras invisibles entre mundos completamente distintos.

LA AMENAZA EN EL AIRE

—El problema, Alfarero, es que la cosa no es solo en La Floresta. Esa gente del Galán también está empezando a

buscar meterse en otras zonas, como María Paz. Si eso pasa, las cosas se van a poner muy feas.

Giuseppe hizo una pausa, mirando al suelo como si estuviera procesando sus propios pensamientos.

—A veces pienso en dejar todo esto, ¿sabes? —dijo finalmente, levantando la mirada hacia mí—. Pero ¿qué más hago? Esto es lo único que me queda.

REFLEXIONES COMPARTIDAS

Nos quedamos en silencio por un momento, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Sabía que Giuseppe no era un villano. Era un hombre atrapado en un sistema que no daba segundas oportunidades. Y aunque había tomado decisiones cuestionables, no podía culparlo por tratar de sobrevivir.

—Hermano, no sé qué decirte —le dije finalmente—. Solo espero que te cuides y no te metas en problemas.

Giuseppe me dio una sonrisa cansada y asintió.

—Tranquilo, Alfarero. Yo sé cómo manejarme.

Pero mientras se levantaba para irse, no pude evitar sentir una preocupación profunda por él, por Diego, por todos los que vivían en los márgenes de la ciudad. Bogotá era un lugar hermoso, lleno de contrastes y oportunidades, pero también podía ser cruel e implacable.

Cuando Giuseppe salió del estudio y desapareció en la oscuridad de la calle, me quedé mirando la puerta cerrada, pensando en lo frágil que era la línea que separaba nuestras vidas. Y en cómo, a pesar de todo, seguimos conectados por esta ciudad que tanto nos daba y tanto nos quitaba.

DIEGO “CHATARRA” Y LA HISTORIA DE HERNEY: UN CRUCE DE CAMINOS

Esa noche, cuando Diego caminaba por el barrio Las Ferias, sentía cómo su cuerpo comenzaba a pasarle factura. Cada paso se sentía más pesado, como si el aire le faltara. Hacía semanas que notaba algo extraño: cansancio constante, fiebre ocasional y una tos que no lo dejaba en paz. Pero esa noche, bajo la tenue luz de las calles de la 72 con 24, el destino le tenía preparado un encuentro que marcaría un nuevo capítulo en su vida.

Mientras empujaba su carreta cargada de cartones y boteñas, vio a un hombre sentado en la acera, al lado de una pequeña iglesia cristiana. Era un hombre delgado, de mirada profunda y sonrisa serena, aunque sus manos temblaban ligeramente al sostener una pequeña Biblia desgastada. Diego, siempre curioso y abierto a las historias, decidió acercarse.

—Buenas noches, hermano —saludó Diego, dejando su carreta a un lado—. ¿Todo bien por acá?

El hombre levantó la mirada y sonrió.

—Todo bien, parcero. Me llamo Herney. ¿Y tú?

Diego se presentó como Chatarra, el apodo que ya era su identidad en las calles, y tras intercambiar algunas palabras, Herney comenzó a contarle su historia.

EL PASADO OSCURO DE HERNEY

Herney había sido un habitante de calle desde su niñez. Se escapó de su hogar cuando tenía apenas once años, huyendo de los golpes y maltratos de su padre. “Prefiero el hambre de la calle que el dolor de la casa”, le dijo a Diego, con un tono que mezclaba resignación y orgullo por haber sobrevivido.

Llegó al Cartucho, esa infame zona del centro de Bogotá que era conocida como un territorio sin ley. Allí aprendió a sobrevivir a través del reciclaje, pequeños hurtos y el consumo de sustancias que lo ayudaban a sobrellevar el frío y la desesperanza.

—El pegante era lo que me mantenía “vivo”, ¿me entiendes? —confesó Herney—. Pero a la vez me estaba matando.

Los años pasaron, y cuando el Cartucho desapareció, Herney terminó en otro lugar igual de caótico: el Bronx, un espacio oscuro y peligroso, ubicado cerca de la Plaza de los Mártires. Allí conoció a una mujer que, según sus palabras, “le devolvió el alma”.

—Era una mujer increíble, Diego. Hermosa, fuerte... Pero más allá de eso, era alguien que creía en mí, incluso cuando yo mismo me daba por perdido.

Ella le puso una condición para estar juntos: que dejara las drogas y demostrara que podía cambiar. Esa exigencia fue el impulso que Herney necesitaba.

LA REHABILITACIÓN EN LAS FERIAS

—Llegué a esta iglesia —dijo Herney, señalando el pequeño templo detrás de ellos—. Al principio, venía solo a pedir comida, pero un día no aguanté más y pedí ayuda.

Los miembros de la iglesia no solo le dieron refugio, sino que lo apoyaron en su proceso de rehabilitación. Fue una batalla dura, especialmente porque el abuso del pegante había dejado sus pulmones gravemente afectados. Herney se sometió a un tratamiento médico que lo ayudó a estabilizarse, aunque nunca recuperó completamente su salud.

—Me dieron una bala de oxígeno —dijo, golpeando suavemente el tanque que ahora llevaba consigo—. Pero ¿sabes qué? Valió la pena.

Una vez rehabilitado, Herney cumplió su promesa: buscó a la mujer que lo había inspirado. La encontró aún en las calles, luchando contra sus propios demonios. Aunque lograron

estar juntos por un tiempo, las circunstancias y la falta de recursos los separaron. Para entonces, Herney había perdido el apoyo de la iglesia, pero había ganado algo más valioso: la fuerza para seguir adelante por sí mismo.

EL VÍNCULO ENTRE DIEGO Y HERNEY

Herney continuó su relato y Diego escuchaba con atención. Aunque sus historias eran diferentes, había algo en común en sus vidas: la lucha constante por encontrar un lugar en una ciudad que parecía no quererlos.

—¿Y tú, Chatarra? —preguntó Herney—. ¿Cómo terminaste en esto?

Diego no era de los que compartía su historia fácilmente, pero con Herney sintió una empatía inmediata. Le habló de sus años de reciclador, de su amor por el Rap y de cómo había terminado durmiendo en su carreta bajo el frío de Bogotá. Herney, tocado por su relato, le ofreció una posibilidad que Diego no había considerado antes: mudarse a un pagadiario.

—No me gusta que duermas en la calle, parcero. Yo vivo en un pagadiario en el barrio Santafé, sobre la Caracas con 22. No es mucho, pero es mejor que nada. Si puedes conseguir algo de plata, ahí te puedo ayudar a conseguir una habitación.

Diego, aunque acostumbrado a la dureza de las calles, empezó a pensar en la idea. La calle era su hogar, pero también lo estaba matando poco a poco.

UN GOLPE DE REALIDAD

Unos días después, mientras Diego reciclabía cerca de Puente Aranda y el Galán, su cuerpo finalmente colapsó. No pudo levantarse de la acera y tuvo que pedir ayuda a Herney, quien llegó tan rápido como pudo, cargando su bala de oxígeno a cuestas.

—Tranquilo, hermano. Te voy a llevar al hospital —le dijo Herney, aunque él mismo no estaba en condiciones de cargarlo por mucho tiempo.

Con gran esfuerzo, lograron llegar al Hospital San Rafael, ubicado cerca de la Plaza España, en la calle 18 con carrera 15. Diego fue ingresado de inmediato y permaneció varios días hospitalizado. Las pruebas confirmaron lo que él había temido: era portador de VIH.

La noticia golpeó a Diego con fuerza, pero no lo tomó completamente por sorpresa. Las calles estaban llenas de riesgos y él sabía que había estado expuesto. Sin embargo, más allá del diagnóstico, lo que le preocupaba era cómo enfrentaría su vida a partir de ese momento.

UNA NUEVA ETAPA

Cuando Diego fue dado de alta, Herney lo ayudó a instalarse en el pagadiario del Santafé. No era un lugar lujoso, pero le ofrecía un techo y un espacio propio. Por primera vez en años, Diego sintió un poco de estabilidad, aunque sabía que el camino por delante sería difícil.

—Gracias, Herney. En serio. No sé cómo voy a pagarte esto, pero gracias.

—No te preocunes, Chatarra. Uno no hace estas cosas por plata. Las hace porque sabe lo que es estar solo.

Desde entonces, los dos hombres formaron un vínculo cercano. Herney, a pesar de sus propias limitaciones, se convirtió en un apoyo invaluable para Diego. Y aunque la vida seguía siendo dura, Diego empezó a ver una luz al final del túnel.

En el fondo, sabía que su salud nunca sería la misma, pero también sabía que no estaba completamente solo. Y en una ciudad tan grande y fría como Bogotá, eso ya era un motivo para seguir adelante.

EL ÚLTIMO ADIÓS DE DIEGO “CHATARRA” Y LA REDENCIÓN DE GIUSEPPE

Diego había estado sintiendo la muerte rondando como una sombra inevitable. Los síntomas de su enfermedad avanzaban

rápidamente y ya no podía ocultar su deterioro físico. Su cuerpo había perdido toda la vitalidad de sus días de reciclador incansable; apenas quedaban fuerzas para empujar su carreta o recorrer largas distancias. Las calles de Bogotá, que siempre habían sido su refugio, se tornaban más frías y ajenas.

Por eso tomó una decisión difícil: aislarse. Se alejó de los amigos de siempre, de los barrios que lo habían visto crecer, La Igualdad y La Floresta Sur, porque no quería que lo vieran en ese estado. No soportaba la idea de que lo recordaran como un hombre consumido por el peso de la vida y la enfermedad. Su sonrisa de siempre, esa que nunca faltaba aunque la vida le diera golpes, ya no estaba.

Con Herney como único apoyo, Diego se aferró a los últimos destellos de su existencia. Se dejó guiar por su amor por la ciudad, Bogotá, la dura y fría pero también cálida y maternal ciudad que nunca dejó de ofrecerle un rincón en cada esquina, un motivo para continuar. Decidió vivir hasta el final recorriendo sus calles, sus avenidas y sus barrios, como si cada paso fuera un homenaje a la vida que había llevado.

LA ÚLTIMA TRAVESÍA

En uno de esos días en que la soledad le pesaba menos, Diego decidió aventurarse lejos, hacia el norte de la ciudad. Terminó

en Suba, cerca del Centro Comercial Subazar, por la avenida Suba pasando la Boyacá. El aire frío de la zona lo abrazaba mientras caminaba lentamente, cargando con el peso de su cuerpo debilitado. Allí, de repente, su cuerpo no resistió más: un desmayo lo dejó tendido en el suelo, rodeado de extraños.

Varias personas se detuvieron a ayudarlo, y aunque logró recuperarse, sintió que era una señal. Sabía que no le quedaba mucho tiempo, pero quería morir en un lugar que representara todo lo que él era. Decidió tomar un último viaje, uno en el que recorrería las calles y avenidas que tanto conocía y amaba, y que lo llevaría de vuelta a su hogar, a los barrios que habían sido testigos de su historia.

Desde Suba, tomó la avenida Boyacá y comenzó a bajar. Pasó por la calle 127, la 80 junto al imponente Centro Comercial Titán Plaza, Normandía en la 53 y luego la 26, recordando con nostalgia cada lugar. Por la 12 con Boyacá, ya cerca de las Américas, sentía que el aire se volvía más pesado, pero también que estaba cerca de completar su misión.

Finalmente, Diego llegó al parque de Villa Claudia, en la avenida 68, cerca de la Primero de Mayo. Allí, en un rincón donde había pasado tantas tardes soñando con un futuro mejor, su cuerpo no pudo más. Murió tranquilo, rodeado de los sonidos de la ciudad que tanto amaba, dejando un vacío inmenso entre quienes lo conocimos y lo quisimos.

EL IMPACTO EN GIUSEPPE

La muerte de Diego fue un golpe devastador para todos, especialmente para Giuseppe. El *dealer*, acostumbrado a ver la muerte de cerca en las calles y en su negocio, no pudo evitar sentir un dolor profundo al perder a su amigo. Diego era una de las pocas personas que nunca lo había juzgado, que lo había tratado con calidez a pesar de sus errores.

Giuseppe sabía que tenía que cambiar. Durante años, había sido parte de un mundo que lo destruía poco a poco, un mundo que lo había apartado de su familia, de sus sueños, y que le había arrebatado amigos como Diego. Decidió que no quería terminar igual.

EL CAMINO HACIA LA REDENCIÓN

La fuerza de voluntad de Giuseppe fue su mejor aliada. Comenzó con pequeños pasos, buscando trabajo en las tiendas de La Floresta Sur y haciendo domicilios en los conjuntos residenciales cercanos, especialmente por los alrededores del Centro Comercial Plaza de las Américas. Pero pronto se dio cuenta de que no podía avanzar si seguía en el mismo ambiente que lo había llevado a tocar fondo.

Decidió apartarse del barrio y buscar nuevas oportunidades en otros lugares. Fue así como llegó al barrio Ricaurte,

en la calle 13 con carrera 30, conocido por ser el corazón de la industria de impresiones y tipografías en Bogotá. Allí encontró un pequeño local de publicidad que estaba dispuesto a darle una oportunidad.

Aunque al principio las cosas no fueron fáciles, Giuseppe trabajó con dedicación. Se convirtió en un hombre confiable y responsable, demostrando que podía cambiar. Las personas del lugar lo acogieron con calidez, algo que lo ayudó a reconstruir su autoestima y a dejar definitivamente sus adicciones.

REFLEXIONES FINALES

Con el tiempo, Giuseppe logró estabilizarse. Trabajaba con ahínco, y aunque su vida no era perfecta, había encontrado un camino lejos de la violencia y la desesperanza que lo habían rodeado durante años.

Un día, mientras caminaba por las calles del Ricaurte, pensó en Diego. Recordó su sonrisa, su amor por Bogotá y la forma en que siempre encontraba algo bueno incluso en los momentos más oscuros. Fue entonces cuando Giuseppe comprendió algo: Bogotá, a pesar de sus problemas, era una ciudad llena de oportunidades y de personas dispuestas a tender una mano.

La historia de Giuseppe no solo era un testimonio de redención personal, sino también un reflejo del espíritu de Bogotá. En cada rincón de la ciudad, desde los barrios más olvidados hasta los más concurridos, hay historias de lucha, de superación y de esperanza. Y aunque Diego ya no estaba, su memoria vivía en cada paso que Giuseppe daba hacia un futuro mejor.

Así, mientras las luces de la ciudad se encendían al caer la noche, Giuseppe sonrió. Sabía que aún le quedaba mucho por hacer, pero también sabía que, como Diego, estaba decidido a vivir hasta el final en la ciudad que amaba, con sus contradicciones, su dureza y su inquebrantable calidez humana.

*En memoria de Diego "Chatarra".
Tu recuerdo no será olvidado, amigo.*

DISTANCIAS

El Kalvo

CUANDO ME EMPEZARON A DEJAR SALIR DEL BARRIO, entucaba el cebollero y me iba en linche de 500 por toda la 68 a jugar dos horas de *Age of Empires* en una sala de café internet y volvía con los ojos cuadrados, repasando la partida en mi cabeza; tenía como doce años y en esa época me gustaba el metal pesado. No pasó mucho tiempo para que llegara el Rap, gracias a mi primo Alvarito, que era cinco años mayor, y ese sí que callejeaba: parecía un *rocket power*, montaba tabla, patines, bicicleta BMX, y pasó por todas las culturas juveniles de la época. Como él era lo más parecido a un hermano que yo tenía, siempre seguía sus pasos desde una distancia segura, escarmientando en carne ajena y contagiándose de sus gustos musicales, que cambiaban cada seis meses. Una tarde, Alvarito llegó con un compilado en *cassette* que tenía temas de Nando Nandez, La Etnnia, Asilo 38 y Gotas de Rap: el

embrujo estaba hecho, ya habíamos visto Rap gringo por la tele, pero no habíamos escuchado nada colombiano; la voz rasgada de Zebra describía un “estado superior del cerebro” que nos intrigó desde la introducción, esa música lejana estaba siendo fabricada también aquí en Bogotá, en el centro; era todo lo que habíamos estado buscando.

Por esas épocas, la información era escasa y contradictoria: cada barrio tenía su propia versión de los símbolos. Al principio se supo que el Rap era la música que sonaba más pesada y que el Hip Hop era lo que sonaba más cantadito; después que no, que el Rap era la música y el Hip-Hop (así con guion y mayúsculas) era la cultura; que tenía cuatro elementos, luego que tenía nueve, que si te remangabas la bota izquierda significaba algo y si te girabas la gorra hacia el otro lado, cuidado con los de la gorra hacia atrás porque podrían ser enemigos. Todo dependía de qué versión de los códigos predominaba en esa zona: los que llevaban más tiempo paraban a los menores en las calles a desafiar su conocimiento sobre la cultura, si no sabías responder bien sus preguntas, podía terminar en una batalla de *freestyle* o en un atraco.

Ir a un café internet a descargar música de Ares era una actividad de alto riesgo informático, por la cantidad de virus que eso significaba: estaba prohibido en varios lugares; en las tempranas épocas del acceso universal a la red, surgían

blogs y páginas web de intercambio de información detrás de usuarios anónimos que traducían textos en inglés de revistas como *The Source* o en otros casos eran especuladores que buscaban confundir a los novatos que recién llegaban a la cultura. Descubrimos que a la Librería Nacional llegaban las revistas que no se vendían en España seis meses después de publicadas. Llegaban poquísimas unidades de la *Hip Hop Nation* y la *HipFlow*, y se convirtieron en biblias difíciles de conseguir, llenas de reseñas de artistas, opiniones sobre eventos, debates sobre el constante desarrollo de la cultura, las nuevas fronteras que cruzaba y las valiosas páginas del final, llenas de los mejores grafitis europeos. En el mercado de las pulgas había señores que amontonaban revistas gringas viejas que a veces traían algún tesoro; escarbar entre la cajas polvorientas era una misión arqueológica desagradecida: podían pasar varias horas antes de encontrar algo en qué gastarse los pocos pesos y, al encontrarse algo bueno, tocaba no demostrar mucha emoción por el descubrimiento, porque eso podía subirle el valor al doble. El significado de lo que hacíamos cambiaba a diario y se actualizaba a medida que íbamos conociendo más parches, más lugares y consolidando nuestras propias definiciones.

Yo soy hijo de la menor de diez hermanos, Andrea, los hijos de María Luisa González Martín y Elías Bohórquez

Montenegro. Mi abuelo Elías fue uno de los miembros fundadores del barrio donde vivíamos, se llamaba El Edén, uno de los barrios más pequeños de la ciudad, construido a pulso por familias que habían llegado a Bogotá huyendo de la Violencia bipartidista; el Abuelo Elías venía de Somondoco y decía que le había tocado ser conservador porque tenía los ojos azules, pero era una persona con posiciones “muy liberales”; se la pasaba tarareando refranes indescifrables con una seriedad confusa para luego soltarse a carcajadas estruendosas. Era un mamagallista serio, sus manos eran callosas de uñas risadas, gruesas y amarillas de fumar Pielroja; todos los días se vestía de paño, con camisa de botones y a veces corbata para atender su negocio; su corpulencia y ceño fruncido eran la evidencia de una vida de trabajo duro. Fue el presidente de la junta de acción comunal por muchísimos años, construyó nuestra casa, se encargó de gestionar los servicios públicos para todas las viviendas de las seis cuadras que conformaban El Edén. Como no había lugar para hacer un parque, construyeron un salón comunal grande y con unos trolebuses reciclados hicieron los salones de la escuela donde varias de mis tíos hicieron la primaria.

Mi infancia con el abuelo fue feliz, me dejaba revolcarle su caja de herramientas y jugar con el multímetro o *tester*, como le decía él que era electricista. Siempre me enseñaba a hacer

los barcos de papel con hojas de periódico; yo nunca aprendía porque estaba muy chiquito, pero él me volvía a explicar con la misma paciencia. Terminaba con el barco puesto de sombrero molestando los bichos en el patio de la casa que le decíamos “el lote” porque era un pedazo de potrero con un durazno, dos papayos y un cerezo que llegaba más alto que los tres pisos que tenía la casa. En ese lote tuvieron vacas, cerdos, gallinas; era un pedazo de campo rodeado de bodegas: para la época que yo lo habité, solo quedaban muchas canastas de envases de gaseosas, chatarra, los cadáveres enterrados de los perros de la familia y los gatos que se metían a cazar ratas y copetones entre la maleza.

Mi abuela era otro cuento, no era tan jocosa como mi abuelo, siempre parecía estar de mal genio y me regañaba por todo; la recuerdo siempre buscando su monedero, “yo qué hice el monedero”, se le escuchaba preguntarse a diario. Se molestaba porque usaba sus agujas de tejer lana para jugar a la batería con los tarros de botones del cuarto de la plancha, un cuarto para las visitas donde se planchaba y se doblaba la ropa y también tenía su máquina de coser. La abuela cocinaba todos los días y le gustaba enseñarme a hacer cosas del hogar, le parecía que mi mamá me consentía mucho y cómo no, siendo hijo único y estando tan ausente por su trabajo era apenas lógico. Gracias a mi abuela aprendí a cocinar desde muy

chiquito, me ponía a lavar la ropa y a virutear y encerar los pisos de madera; una vez la cogí de buenas pulgas y me enseñó a matar una gallina, ahorcándola con un palo de escoba, y a desplumarla con agua caliente. Nos contaba cómo antes cazaban las torcasas para comérselas en caldo, organizaba a todos sus nietos en una línea de producción de envueltos de mazorca en el patio durante todo el día para por la tarde repartirlos entre sus hijos y sus familias, siempre rematando con la frase “esta vez no me quedaron tan ricos”, que normalmente provocaba una lluvia de halagos por parte de sus nueras; creo que era su forma de reclamar afecto.

La primera vez que se murió mi abuelo fue el 31 de diciembre del año 2000, estábamos con mi papá visitando al tío Juan Carlos en Tumaco; para esa época yo ya estaba preocupado por el primer amague de fin del mundo por Skynet, un error informático que se temía que iba a pasar una vez el reloj llegara a las 12 y cambiáramos de siglo, provocando errores en todos los sistemas y aparatos electrónicos. Esto nunca pasó, pero sí recibimos una llamada de que el Abuelo Elías había tenido un accidente cardiovascular y lo habían llevado a la clínica de urgencias, que estaba muy grave, que si podíamos volver antes para alcanzar a despedirnos sería mejor.

Al despertar en la sala de recuperación, después de una complicada cirugía, decía ver niños alrededor de los médicos

y las enfermeras que nadie más podía ver, y cuando la familia entró a la sala, les contó que los había visto afuera de la clínica y les preguntó qué estaban haciendo ahí parados en círculo. La familia celebró atónita la efectividad de su círculo de oración y el milagro de la resurrección del abuelo duró hasta el otro año, cuando se murió por segunda vez por un aneurisma estomacal fulminante; yo no entendía bien qué estaba pasando, pero esa madrugada todos se fueron a la clínica y me dejaron durmiendo solo en la casa. Recuerdo que el abuelo se vino a despedir en mi sueño, me sonrió, me revolcó el pelo como siempre y se fue, me desperté llorando pero sonriendo, solo, sabiendo que mi abuelito había cambiado de barrio.

Después de que el abuelo falleció, el negocio que había en el garaje de la casa lo compró mi tío Álvaro, el papá de Alvarito; se llamaba “la miscelánea” porque había de todo: hilos para coser, cremalleras, artículos de ferretería, dulces, gaseosas, papeles de todos los tamaños, colores y calibres, agencia de lavandería, peluches, fotocopias y juguetes, hacía poco habían comprado un computador para hacer trabajos, porque para ese entonces no era común tener PC en la casa y se acudía a las papelerías para esos menesteres. En el día, mi primo hacía cuentas de cobro, cartas de renuncia, derechos de petición y en la noche hacía instrumentales de Rap,

cortando y loopeando pedazos sin voz de canciones de Rap americano engalladas con fragmentos de diálogos en castellano, que habíamos descubierto explorando las carpetas internas de los videojuegos de estrategia que nos gustaban años atrás. Construimos un estudio casero en un cuartico pequeño que le decían el San Alejo, nos tocó sacar chécheres enredados en telarañas de hace treinta años y espantar polillas negras gigantes que en esas épocas se decía que eran brujas; nunca logramos sacar el olor a humedad de la madera del piso. Forramos todas las paredes con cartones de huevos que nos regalaron en la panadería de la esquina y los pegamos con silicona caliente, siempre se despegaban por el calor de las grabaciones y terminamos arrancándolas todas; solucionamos lo de los ruidos grabando solo en las noches con un antipuff hecho de las medias veladas viejas de mi mamá. En unos meses ya habíamos conformado un grupo, grabado nuestro primer disco y quemado algunas copias; estábamos avanzando a pasos agigantados, éramos la Real Supra Fam.

Estudié todo el bachillerato en el Minuto de Dios en la 80 con Boyacá, era un colegio grande donde llegaban estudiantes de toda la ciudad y no era tan religioso como su nombre parecía indicar. Fui de los primeros en llegar con el cuento del Rap al colegio y eso me facilitó hacer nuevos amigos, éramos un parche grande de muchachos entusiasmados con el

tema, estábamos en sexto y con apenas trece años ya habíamos cambiado los tazos por aerosoles, los balones por grabadoras y los descansos de jugar microfútbol por eternos círculos de improvisación.

Mi mejor amigo del colegio, el Sen2, descubrió que en el centro había una escuela de Hip Hop que se llamaba GolpeDirecto donde se podía ir a aprender a hacer graffiti, a bailar *break dance* y practicar tornamesismo; para esa época estaban haciendo las audiciones para el festival Muestras para no Delinkir, era el año 2004 y ese mismo fin de semana peregrinamos al centro desde El Edén a Egipto a llevar nuestro formulario de inscripción y el CD de nuestro primer álbum.

Agarramos Transmilenio hasta la estación de la avenida Jiménez y subimos arrastrando nuestros anchos ropajes entre gaminos trasnochados y vendedores de San Victorino; por toda la calle Décima hasta la carrera Primera era una sola subida bien empinada. En el barrio La Candelaria todas las calles tienen nombres y estábamos buscando la Calle del Animal; cuando por fin llegamos a la cima, agitados y con un ardor desconocido en las piernas, recuerdo que volteamos a ver la ciudad que dejemos abajo, estábamos un tris más arriba que la franja de algodón sucio que la cobijaba, el viento helado del cerro que nos cacheteaba apretaba los nervios del primer encuentro.

GolpeDirecto quedaba al final de la Calle del Animal, una cuadra abajo de la cancha de Egipto; era una escuela juvenil que funcionaba en la casa de Santacruz Medina, él había sido parte de la agrupación Gotas de Rap y era escritor de graffiti con el apodo de zox, junto con MOS, ROBS, COS1 y HASH conformaban Los Aeropiratas, remplazaban la sílaba “pi” con el símbolo π o escribían 3,1416ratas; manejaban también el aerógrafo y eran los profesores de la escuela de graffiti. En esa época, en GolpeDirecto también trabajaba DJ Fonxz, exintegrante de La Etnnia, dando clases de *deejaying* y *break dance*, y el legendario Zebra, el que hace unos años habíamos escuchado cantar sobre el “estado superior del cerebro” en esa primera cinta, andaba por ahí también, tratando de quitarse el demonio del bazuco con el Rap; estaban trabajando juntosamente con Santacruz en la producción de lo que a mi concepto hasta ahora es uno de los mejores discos de Rap de Colombia: *The Ghetto Superstar*. Zebra se la rebuscaba dictando “clases de inglés” que se iba inventando sobre la marcha con un diccionario Larousse inglés-español español-inglés que lo acompañó durante sus días en el Cartucho. Las clases de Rap las dictaba Yaga y su hermano Tian MC, ellos eran líderes comunitarios del barrio Egipto, manejaban a la perfección el estilo que ellos denominaron como el “rapeo rápido vocalizado”.

Para poder asistir a las clases en GolpeDirecto era necesario pagar una inscripción, llenar un formulario e ir a sacar un carnet que lo hacían en el local de un escritor de graffiti legendario llamado Cone, que quedaba en la avenida 19 con carrera Décima, esta zona del centro era conocida por su abundante oferta de prostitución y ópticas, los jaladores de las whiskerías repartían tarjetas mientras susurraban “chicas show, chicas show”, por un lado tenían las tarifas y por el otro lado un *collage* de porno suave americano con el nombre, el teléfono y la dirección.

Empezamos a colecciónar esas tarjetas, inspiración de las primeras pajas.

Cruzando la Décima por la 18 quedaba Galaxcentro, un centro comercial de fabricantes de rockolas y barberías, punto de encuentro de la comunidad del Pacífico colombiano, notorios raperos vallecaucanos como Flaco Flow y Melanina encontraron empleo durante sus días en la capital en esta galería comercial, que se la pasaba en una sola fiesta: el ruido de la música de cada local era ensordecedor y se tomaba mucho. Llegamos preguntando por el Rasta Juan, un caleño tranquilo que tenía un lema muy sencillo: “si te corto, no me pagas”. Hasta ese día, siempre había llevado mi pelo embadurnado de gel peinado hacia adelante con un flequillo que se levantaba sobre la frente como una corona, se le conocía como “el

wimpi" o "la rampa", un estilo popular entre los muchachos de la época; el primer diseño que me hice fueron unas líneas rectas hacia atrás como si fueran surcos, a mi primo lo trenzó una morena de manos gruesas que lo hizo llorar mientras le jalaba los mechones de pelo liso.

Volvimos al barrio consagrados con nuestros nuevos peinados que provocaban una mezcla de curiosidad, gracia y miedo; los cotidianos no tardaron en salir con ingeniosos apodos que, lejos de desmotivarnos, nos animaban a volver por cortes más extravagantes, porque la magia solo duraba una semana, después el pelo crecía y quedaba como trasquilado; se convirtió en ritual quincenal ir a motilarse al centro.

Mi primera presentación en vivo fue en el festival Muestras para no Delinkir del año 2004, en el parque del barrio Egipto. Recuerdo vívidamente el sabor metálico entre la boca y la nariz por la hiperventilación de la subida mezclada con el nerviosismo que hacía temblar mis manos y comprimía mi pecho contra un cortante vacío que me hacía ver borroso. Repasaba mis versos entre dientes y un corrientazo me estrujaba las tripas cada vez que me equivocaba, recordaba con más claridad las rimas que había descartado y las palabras que había reemplazado seguían atascándome como un sifón lleno de manteca espesa; el sudor frío encharcaba mis manos gelatinosas, la sensación siguió empeorando hasta que

llegó mi turno de rapear y entonces al empuñar el micrófono y comprobar que sonaba, la ansiedad se convirtió en euforia: sentí cómo la tensión se disipaba y empecé a sentir como si flotara sobre la tarima, mientras mi boca cantaba de forma casi automática. En mi mente recorría el público y sus miradas, entendiendo sus reacciones, en un momento empecé a pensar en un marcador dorado que había olvidado empacar para pedir firmas en mi *blackbook* y la sorpresa de darme cuenta de que estaba tan distraído me hizo tartamudear; a pesar de este traspié, pude entregar mis primeras dieciséis barras completas. El temblor en la voz era entendible para un niño de trece años que parecía de dieciséis, el público celebró mis versos con sorpresa al enterarse de que era tan joven.

La angustia de ese día la siento desde entonces cada vez que me voy a presentar en vivo; la única manera de contrarrestar tanta tensión ha sido ensayar muchísimo para que cuando mi mente se abrume con tantas distracciones, mi boca siga funcionando en piloto automático y pueda disfrutarlo desde adentro de mi cabeza, donde siento cómo me desdoble y me transporto a recuerdos de situaciones irrelevantes en lugares aleatorios de ciudades que conozco, y cuando me doy cuenta pienso “qué carajos hago por allá si estoy aquí parado hablándole a todas estas personas”, y vuelvo a aterrizar en el presente sin tropezarme.

Ese día del primer concierto se sembró una idea muy clara de lo que quería hacer el resto de mi vida: la euforia, el respeto y la alegría con la que fue recibido mi Rap me llenó de motivación para seguir, mi primo Deja Vu estaba muy orgulloso de mí y, contrario al habitual maltrato que recibí durante toda la infancia como me correspondía por ser algo así como su hermano menor, empezó a tratarme con un respeto y admiración que yo nunca había sentido de su parte. Ese día también conocimos a varias leyendas del centro, entre esos Yako el Arriero, al que Deja Vu le produjo el disco *Por el derecho a la palabra*, y años más tarde le presentaría a Cejaz Negras, con el que tiempo después crearían varios de los éxitos de la Crack Family.

Seguí asistiendo juicioso a las clases de graffiti, empecé a pintar por mi barrio y me rebuscaba la plata para poder comprar aerosoles y marcadores: vendía dulces en el colegio, me levantaba muy temprano a alisarle el pelo a mi mamá antes de irse a la oficina, nos sacábamos los libros de inglés de alumnos de grados menores y los vendíamos en San Victorino para ir a comprar música y discos en San Andresito. Para ese entonces ya tenía un parche grande de amigos del mismo curso que también estaban muy emocionados con el Rap, las clases las pasábamos haciendo bocetos en la hoja de atrás de los cuadernos, los descansos eran rondas de *freestyle* interminables;

por esa época, el espíritu adolescente revolucionario coincidió con buenos profesores de historia y artes que nos fomentaron el pensamiento crítico y nos dejaban presentar los trabajos con Rap: presentaciones, carteleras, exposiciones, todo lo hacíamos a ritmo de Rap.

No tuve tiempo para fútbol ni otros deportes, al billar fui pero a fumar cigarrillo y como nos dejaban poner la música, iba a fumar y a poner Rap después de clases, en la época de los CD cada uno andaba con una “biblia”: discos quemados marcados a mano en sobres de felpa legajados al lomo de un folder de lona; se cuidaba con mucho recelo, pues era mala costumbre que pidieran la biblia prestada para mirarla y con disimulo robarse o cambiar los CD. Algunos inescrupulosos andaban con alcohol y marcadores para consumar el hurto con un rápido cambio de carátula; la dificultad para conseguir la música hacía que los coleccionistas fueran muy reservados y hasta odiosos con sus tesoros musicales. Mis primeros discos originales fueron *La Hoguera*, de Asilo 38, *Cali Rap Cartel* parte 1 y *Calma y espera* de Ceda el Paso; los compré en Vietnam, la tienda de los de Cescru Enlace que tenían en San Andresito de la 38, en lo que antes era una gallera de verdad. En el piso de arriba de este lugar quedaba el templo del Hip Hop, una tienda donde vendían la ropa más exclusiva y los discos más caletos y caros de la época. La procesión a San Andresito los sábados era otro

ritual: ir a vitriniar y a recibir las tarjetas que entregaban los jaladores frente a las tiendas que a veces tenían buenos gráfis y promociones o descuentos por acumular varias compras; si estaba largo, comprarse algo y almorzar un pequeño plato de lechona que a veces resultaba tóxico.

Hubo algunas peleas memorables contra pelados de otros colegios que venían a probarnos a la salida; las fiestas de casa por la tarde se volvieron frecuentes y empecé a jartarme la jeta todos los viernes o sábados en cualquier parque con aperitivos de aguardiente en caja como Chin Chin o Niquelado, que envenenábamos con Frutiño de maracuyá, o si estábamos más cerca del centro o Chapinero, se conseguía el whisky Old Jhon, que para esa época era el licor predilecto de los jóvenes: cada botella sabía y se veía diferente, rondaba el mito de que era preparado clandestinamente en varias partes de la ciudad y por eso siempre sabía distinto. íbamos al barrio Salitre los viernes y fines de semana a ver punkeros perseguir emos y a colarnos en alguna miniteca de salón comunal o en la fila de los buses que llevaban a colegios enteros de niños pudientes a fiestas de preprom en La Calera, lejos del control parental y policial; las borracheras eran monumentales. En esa época, los que vestíamos de ancho cargábamos el estigma de ser problemáticos y groseros, y sí, éramos un poco así cuando estábamos en manada.

Para esa época ya me había ido a vivir para Suba Pueblo con mis padres y como ya estaba por graduarme y toda la vida había estudiado en el mismo colegio, decidieron no cambiarme de ahí a pesar de habernos mudado a una hora en bus de la institución. Todos los días debía levantarme a las 5 a.m., todavía de noche, para coger el bus desde el Portal de Suba hasta la estación Minuto de Dios; aprovechaba el tiempo de los trayectos para escuchar música y rastrear los nuevos grafitis que aparecían en la ruta, a veces sucumbía a la modorra y me quedaba dormido: más de una vez me desperté lejos, totalmente confundido después de circular por largo rato inconsciente en el sistema. Desde entonces comenzó lo que sería un viacrucis de siete años, tres de colegio y cuatro de universidad, de madrugarles a los primeros buses del día para poder llegar a clase de 7 a.m., una hora de ida y una hora y media de vuelta, una delicia.

En el barrio había más que todo *skinheads*, barristas, *rudeboys* y hardcoreros. De los pocos raperos que conocí en Suba en esa época fue al Penyair, que siempre pasaba montado en su patineta en las noches heladas, con su camiseta de cuello desjetado, sin chaqueta y muchas ganas de rapear; siempre hacíamos *freestyle* en esas noches eternas de *beatbox* y Niquelado. Por estas amistades tan diversas terminé de vocalista secundario en una banda de hardcore que se llamaba

Lucha X Convicción: tocábamos los domingos en Piso 3, Casa 33 y otros fritaderos de la ciudad que abrían sus puertas los días festivos en la mañana para eventos para menores de edad y público *straight edge*, que aunque no usaban drogas, sí disfrutaban de la violencia extrema de sus moshpits y peleas por posturas políticas después de los conciertos.

Suba fue mi adolescencia tardía de ventiañero rebelde: tomatas hasta el amanecer y caminatas eternas por drogas en la madrugada, tardes enteras fumando en un parque hablando de las peleas y los problemas del fin de semana anterior esperando el fin de semana siguiente. Los años se fueron pasando monótonamente entre fiestas de Drum and Bass y conciertos de Rap y trabajos esporádicos de mensajero, mesero y patinador de oficina. Durante los años de universidad, mi música tomó un tinte muy político: hice parte del movimiento estudiantil que por esas épocas luchaba en las calles por la reforma a la Ley 30, asistía a las marchas y manifestaciones donde participaba con mis canciones en conciertos comunitarios y espacios académicos; cuando trataron de destituir a Petro de la Alcaldía de Bogotá en el 2012, nos parqueamos frente a un pelotón del ESMAD que hacía guardia frente a la Procuraduría General de la Nación, en un picó que construyeron los de La Redada, un laboratorio cultural del centro de la ciudad. Durante todo el día repetimos la misma canción

que yo había hecho el día anterior, lleno de rabia y frustración, hasta que se acabaron las baterías del picó; cuando nos fuimos al caer la noche, dejamos atrás algunos policías tareando la letra y a otros tomándonos fotos para perfilarnos. Esa canción impulsó a otros artistas a apoyar la causa con sus canciones y resultaron haciendo un CD compilatorio desde la campaña para financiar la defensa; estuvimos resistiendo en la Plaza de Bolívar por más de un mes y me sentí muy orgulloso de aportar de cerca a una causa que considero justa y también pude entender que si bien la música es un vehículo poderoso de las ideas, uno recibe lo que da, y si las ideas están en un lenguaje odioso, la respuesta será odiosa. Decidí desde entonces abordar la crítica política y social en mi obra con un tono satírico, recurriendo al humor para analizar nuestro contexto a través de historias; fue un cambio total de paradigma, me di cuenta de que para tener un impacto más profundo en los demás también tenía que buscar mucho más profundo en mí y explorar mis vulnerabilidades.

Siempre sentí una angustia por el futuro del mundo y el peso de la necesidad de hacer algo para cambiar el catastrófico destino que pinta adelante; la sensación de la inminencia de un cataclismo definitivo me amargaba los días y para esa época afronté el segundo amague del fin del mundo, el 21 de diciembre de 2012, el final del calendario maya. Ese

día, mientras celebraba el aguinaldo boyacense en la terraza de una casa clásica cerca de la Plaza de Bolívar de Tunja, goorreando concierto de Los Tigres del Norte, fuimos testigos de una pequeña luz roja en el cielo nocturno que después de unos giros inexplicables se convirtió en un triángulo negro que sobrevoló la ciudad hasta perderse en el horizonte; el pánico colectivo se apaciguó con la borrachera que nos hizo olvidar el extraño avistamiento. Amanecimos y el mundo todavía estaba ahí, oliendo a orina y cunchos de cerveza con cigarrillos adentro; las calles estaban llenas de campesinos borrachos que se subían a sus motos para agarrar hacia sus veredas capoteando al viento sus ruanas vomitadas; me sentí vivo, renacido.

Después de mucho tiempo de vivir en Suba logré salir de la casa de mis papás y me fui a vivir con una novia a Chapinero; de cierta forma, a partir de ese momento se acabaron mis largas peripecias por la ciudad, trabajé en *call centers* de agente de soporte técnico y en cobranzas para bancos gringos; estuve adormecido por la comodidad de un trabajo estable, en un *loop* repetitivo de turnos de diez horas, bebetas sin sentido y guayabos infernales. Gracias a Saga Uno conocí a unos de los mejores escritores de graffiti de la ciudad, Suber y Dwel; más tarde se sumó DJ Underadioh, y formamos un grupo de Rap que se llamó 1703: hicimos dos discos pero solo uno se

publicó. Para mí fue como empezar de cero, pues ellos tenían mucha experiencia en graffiti, pero nunca habían rapeado en serio; también experimentamos con la producción y empecé a editar desde entonces nuestros videoclips. Durante esa época también logré sacar mi primer disco en solitario, *MR. Chabakán*, en el año 2015, un disco compacto en empaque de cartón plegado octagonal que diseñé para publicar mis discos de forma independiente. Comencé a frecuentar círculos de improvisación con músicos de jazz en el bar Matik Matik, templo de la música alternativa de la ciudad; mi horizonte creativo se amplió más allá del sonido tradicional del Rap que había conocido toda la vida. Para el año 2017, publicamos el disco *Cero Stress* junto a 1703 y, para el año 2019, *Atarbán*, junto a Mismo Perro Beats; ese año nos presentamos con el Mismo Perro en Hip Hop al Parque, en el Simón Bolívar. Parecía que la música estaba empezando a dar sus frutos y programamos nuestra primera fecha fuera de la ciudad, en febrero del 2020: viajamos a Medellín junto a N. Hardem; cuando viajamos, todo el personal del aeropuerto ya usaba tapabocas y en las noticias anunciaban el primer simulacro de cuarentena general en todo el país, para marzo todo el planeta estaba detenido por un virus que llenó de miedo a la mayoría de la población y encerró a todos en sus

casas; cuando parecía que todo iba a prosperar, fuimos obligados a parar, aislarnos y obedecer.

Como era de esperarse, la enfermedad se utilizó como excusa para implementar políticas represivas y para agudizar la violencia ejercida por un Estado que estaba al borde del colapso; la crisis social se agudizó tanto que toda la población empezó a salir a protestar a las calles: el denominado estallido social fue una movilización nacional impulsada desde los jóvenes, los obreros y los artistas para resistir ante la opresión e ineptitud que agobiaba el país. Durante estos tiempos tan violentos, publiqué el disco *Bitute & Galguerías*, en el 2020, que incluía un cuchillo de mesa personalizado, y en el año 2022, *Algarabías*, un libro ilustrado por nueve artistas destacados de Bogotá, en el que dejé plasmada toda la angustia que vivimos durante estos tiempos turbulentos.

Lo que sigue es historia reciente que aún está en creación. En lo que respecta a las distancias, el Hip Hop cada vez me lleva más lejos: ahora tengo un hijo y una bella familia, espero seguir recorriendo este camino junto a ellos.



DJ FONXZ

Nació en la cultura del Hip Hop en 1984 tras asistir al estreno de *Beat Street*. En 1989 fundó la escuela Universo Zu y en 1994 participó en *El Ataque del Metano* de La Etnnia, destacándose en el tema “5-27”. Se presentó en Hip Hop al Parque en 2000 y 2001, y fortaleció procesos culturales en Fontibón, su territorio de origen. En 2003 creó el colectivo Animales sin Rostro, con impacto en Ciudad Bolívar y con ocho producciones musicales, incluido *El Tiempo de Zu*. En 2022 escribió su autobiografía y desde 2024 participó en *Bogotá rapeada*, título número 186 de Libro al Viento. Mantiene un compromiso profundo con el Hip Hop, su ciudad y su país, por nuestra victoria eternamente...

② djfonxz



MIDRAS QUEEN

Sandra Milena Mosquera Vivero, conocida artísticamente como Midras Queen, se erige como una voz singular dentro de la escena urbana bogotana. Su presencia en las calles y el escenario revela una mujer única que domina la palabra con precisión y nobleza, tejiendo versos que dialogan con la ciudad y con su propia historia. Midras Queen encarna la esencia de una pionera: firme en su identidad, rigurosa en su arte y consciente del poder transformador del Rap. Su obra, de sello íntimo y a la vez universal, se convierte en un testimonio poético que ilumina el camino de nuevas generaciones.

● midrasqueen



SANDRA REYES

Desde 2004, Sandra Reyes ha desarrollado una sólida trayectoria en la música y la cultura Hip Hop. Su camino tomó fuerza con la agrupación 3aQuadra, con quienes lanzó *Autorretrato* (2011). Ha participado en escenarios y producciones como la serie *Revelaz* y la película *Estrella del Sur*, reconocida por Mejor Banda Sonora en 2014. También ha sido docente de Hip Hop, trabajó con el Museo Abierto de Bogotá y fue mediadora de la exposición «Nación Hip Hop» en el Museo Nacional. En 2016 presentó *Rapcatarsis*, proyecto que integró Rap y narrativa visual. En 2021 lanzó varios sencillos, entre ellos “Feeling”. En 2022 estrenó “Pócima”, obra que originó la *Fiesta de Pócimas*. En los últimos años ha seguido publicando música que consolida su presencia en el Hip Hop.

@@ sandrareyesrap



EL ALFARERO

Óscar Javier Suazo, más conocido como El Alfarero, nació en 1986 en la ciudad de Bogotá y es proveniente de un barrio popular y de una familia tradicional. Conoció el Hip Hop a mediados de los años noventa y a partir de entonces ha tenido una participación activa en el movimiento rapero. Desde 2003 ha estado influenciado por grupos norteamericanos y europeos de la escena representante del estilo hardcore, y se ha destacado por su constancia y su presencia activa en el movimiento. Dueño de un estilo único, agresivo y contundente, además de su proyecto personal, ha trabajado como productor del sello Deep Sense, con artistas nuevos y con algunos de más trayectoria en la escena.

◎ [elalfarerorap](https://www.instagram.com/elalfarerorap/)



EL KALVO

Rapero y compositor de Bogotá, con más de veinte años dentro de la escena del Hip Hop colombiano. Su trabajo se caracteriza por letras que abordan situaciones cotidianas, temas sociales y la vida en la ciudad desde un punto de vista directo y cercano. Desde hace varios años desarrolla su carrera junto al productor Hi-Kymon, con quien ha construido gran parte de su sonido.

Ha publicado varios proyectos discográficos, entre ellos *MR. Chabakán*, *Cero Stress*, *Atarbán*, *Bitute & Galguerías*, *Algarabías* y *Los Tres Golpes*. Su más reciente trabajo discográfico es *Guiso*, junto al rapero colombiano radicado en España, Pielroja. Además de su trabajo musical, El Kalvo coconduce el pódcast *Insolencia Crossover*, un espacio dedicado a la cultura Hip Hop y sus protagonistas.

© elkalvo



Libro al Viento

COLECCIÓN CAPITAL

Es de color morado y en ella se publican los textos cuyos temas tengan relación con Bogotá y sus alrededores.

- | | | | |
|----|--|----|---|
| 2 | EL 9 DE ABRIL (fragmento de <i>Vivir para contarla</i>) <i>Gabriel García Márquez</i> | 45 | DE PASO POR BOGOTÁ Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo XIX |
| 5 | BAILES, FIESTAS Y ESPECTÁCULOS (Selección de <i>Reminiscencias de Santafé de Bogotá</i>) <i>José María Cordovez Moure</i> | 59 | POR LA SABANA DE BOGOTÁ Y OTRAS HISTORIAS <i>José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez</i> |
| 12 | CUENTOS DE BOGOTÁ <i>Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento</i> | 77 | ESCRIBIR EN BOGOTÁ <i>Juan Gustavo Cobo Borda</i> |
| 16 | EL BESO FRÍO Y OTROS CUENTOS BOGOTANOS <i>Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero</i> | 82 | LOS OFICIOS DEL PARQUE Crónicas <i>Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga</i> |
| 26 | RADIOGRAFÍA DEL DIVINO NIÑO Y OTRAS CRÓNICAS SOBRE BOGOTÁ <i>Antología de Roberto Rubiano Vargas</i> | 88 | RECETARIO SANTAFERÉÑO Selección y prólogo de Antonio García Ángel |

| | | | |
|-----|---|-----|--|
| 92 | RECUERDOS DE SANTAFÉ <i>Soledad Acosta de Samper</i> | 131 | VERSIONES DEL BOGOTAZO <i>Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero "Klim", Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia</i> |
| 93 | SEMLANZAS POCO EJEMPLARES <i>José María Cordovez Moure</i> | | |
| 97 | BOGOTÁ CONTADA <i>Carlos Yushimoto, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero</i> | 133 | BOGOTÁ CONTADA 5 <i>Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo</i> |
| 101 | CRÓNICAS DE BOGOTÁ <i>Pedro María Ibáñez</i> | 142 | BOGOTÁ CONTADA 6 <i>Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez</i> |
| 109 | BOGOTÁ CONTADA 2.0 <i>Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra</i> | 148 | DE SOBREMESA <i>José Asunción Silva</i> |
| 117 | SIETE RETRATOS <i>Ximénez</i> | 151 | LA CALLE 10 <i>Manuel Zapata Olivella</i> |
| 118 | BOGOTÁ CONTADA 3 <i>Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres</i> | 154 | BOGOTÁ CONTADA 7 <i>Orlando Echeverri, Margo Glantz, Betina González, Carlos Granés, Cristina Morales, Julianne Pachico, Antonio Ungar</i> |
| 126 | BOGOTÁ CONTADA 4 <i>Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria</i> | 156 | BOGOTÁ CONTADA 8 <i>María Leubro, Andrea Mejía, Juliana Muñoz, Andrea Salgado, Carolina Sanín, Lina Tono, Adriana Villegas</i> |

- 170 BOGOTÁ CONTADA 10**
*Juan Álvarez, Rodolfo Celis,
Mauricio Montenegro, Laura
Ortíz Gómez, Lucía Vargas
Caparroz*
- 175 LA CASA DEL IMPÚDICO**
BREBAJE
*Selección de Mario Jursich.
Luis Tejada, Arturo Manrique,
Alberto Lleras Camargo, Luis
Vidales, Lino Gil Jaramillo, José
Joaquín Jiménez (Ximénez),
Julio Abril, Pedro Acosta
Borrero, Eduardo Caballero
Calderón, Felipe González
Toledo, Alberto Yepes, Germán
Arciniegas, Álvaro Castaño
Castillo, Antonio Caballero*
- 180 BOGOTÁ CONTADA 11**
*Lina Alonso Castillo,
Juan Fernando Hincapié,
Lizeth León Borja,
Juan Nicolás Donoso,
Laura Acero*
- 183 BOGOTÁ Y MEDELLÍN**
CONTADAS
*Gilmer Mesa, Claudia Amador,
Paula Camila O. Lema,
Andrés Ospina, Isabel Botero,
Juan Salazar Piedrahita*

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 100 de nuestros títulos.



BARRIO



Bogotá rapeada fue editado por Idartes para su programa Libro al Viento, bajo el número 186, y se imprimió en el mes de enero de 2026.



186

“Cinco relatos honestos, en algunas ocasiones divertidos y en otras desafiantes. El Rap es así: puedes bajar del cielo al infierno en dos rimas; puedes malinterpretar a sus creadores y en el siguiente compás sentirte plenamente identificado con sus vivencias”.

Zkirla



COLECCIÓN CAPITAL

**libro al
viento**



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

